

NAVARRA

TEMAS DE CULTURA POPULAR

11
126



VALLE DE AÉZCOA

NAVARRA

TEMAS DE CULTURA POPULAR

VALLE DE AEZCOA

Por

Benito Urtasun Villanueva



1972

AÑO INTERNACIONAL DEL LIBRO

Don Benito Urtasun y Villanueva nació en Azparren (Valle de Arce) el 31 de mayo de 1926. Estudió la carrera sacerdotal y es párroco de Oroz-Betelu desde hace más de quince años. Ha publicado diversos artículos sobre Historia y Arte de Navarra y se halla plenamente identificado con la de su valle natal.

DIPUTACION FORAL DE NAVARRA
Dirección de Turismo, Bibliotecas y Cultura Popular
PAMPLONA

INDICE

	Página
Un gran valle pirenaico	3
Bosques, hidrografía y clima	5
Régimen, escudo y nombre	8
Pueblos de Aézcoa	9
Carácter, lengua y costumbres	11
Una leyenda oscura	14
La remota antigüedad	15
La Edad Media	16
Los fueros	20
Edad Moderna y Contemporánea	21
La fábrica y el monte	24
Relaciones con Francia	25
Aézcoa y Roncesvalles	27
Aezcoanos modernos	29
Arquitectura y bellas artes	30

UN GRAN VALLE PIRENAICO

Estamos en el Pirineo, allí donde las nubes se pueden tocar con la mano. Y en su arrogante orografía destacan el pico de Orhy (2.018 m.), en el valle de Salazar, y el Ortanzurieta (1.570 m.) que protege a Roncesvalles. Entre estos dos puntos citados como referencia, se extienden los montes y hondonadas del valle de Aézcoa, como primera derivación de los mismos.

Su demarcación administrativa abarca casi todo el curso superior del río Irati, y parte del Urrobi y del Salazar. Sus 21.093 hectáreas de extensión pertenecen a los términos municipales (13.190 hectáreas) y al monte común de Aézcoa y del Estado. Se trata de uno de los valles más extensos de Navarra, que ofrece la más rica variedad: majestuosos montes y profundas hondonadas, bravas e imponentes rocas emplazadas junto a suaves praderas, estrechas vegas y amplias mesetas, cumbres y laderas festoneadas de la mejor vegetación de árboles seculares o tapizadas con un fino césped, alternando el verde esmeralda de sus pastizales con el más oscuro de los helechos y patatales.

El centro del valle, Arive, dista de Pamplona 53 kilómetros por la carretera de Erro, y 56 por la de Aoiz. La primera fue la salida preferida por los aezcoanos hacia la capital. Forma parte de la **Ruta turística del Pirineo**. Desde las proximidades de Burguete, se dirige hacia el Pirineo aragonés, a través de Aézcoa, por el norte de Salazar y de Roncal. La ruta Aoiz-Aézcoa, que enlaza con la anterior, tiene el encanto del curso del Irati, con sus foces y presas del lado oriental del valle de Arce, y está jalonada y embaldquinada a la entrada de Aézcoa, por los incomparables robles que dieron su nombre a este acceso, «Ariztoquia». Así se llamó también al primer autobús de viajeros que circuló por esta ruta.

Por la gran importancia que la orografía tiene en Aézcoa, nuestra descripción y delimitación del valle será preferentemente orográfica. Su extremo norte limita con Francia. Aquí, una gran barrera fronteriza, cuyas altitudes, llamadas Grandes Puertos, confinan con el país de Cisa. De Este a Oeste, hallamos en esta crestería las siguientes cumbres: Mendizar (1.225 m.), Sayarre (1.123 m.), Ydopil (1.000 m.), Laceandía (1.100 m.), junto a la sima del mismo nombre, Urculo (1.423 m.), Bentarteá (1.300 m.) y Changoa (1.471 m.) en el límite con Valcarlos. También al Norte, pero en una línea más interna, junto a la presa de Irabia, se encuentran el cónico Mozolo Mayor (1.255 m.) y el Menor (1.126 m.), más al centro Mendilaz (1.343 m.) y Morucoa (1.235 m.), junto a Ortanzurieta.

La parte meridional de Aézcoa, coincidiendo con el

norte del valle de Arce, está delimitada por un significado macizo montañoso, propiamente pirenaico y de formación triásica. Partiendo de Baigura (1.477 m.), punto más elevado de Areta y próximo a la confluencia de Urraul, Aézcoa y Arce, descendiendo por el monte de Azparren, extendiéndose por los términos de Garayoa. En este largo espinazo tenemos las cumbres de Vizcayluz (1.313 m.), Peña Sanagra (1.167 m.) e Iturta (1.000 m.). Después del corte del río Irati, se remonta por el alto de Garralda hasta las proximidades de la Corona, en Oroz (1.387 m.), y sigue descendiendo por Apezimberro (1.300 m.) y Balanqueta (1.180 m.) hasta el límite con Burguete.

En el lado oriental, el importante macizo rocoso que enlaza con Orhy desde la sierra de Abodi, se llama Berrendi en su parte aezcoana. Forma una imponente muralla que avanza hacia el centro del valle, curvándose en cuarto de circunferencia hacia el Norte, con 1.400 m. en su extremo oriental, 1.354 junto a Villanueva, 1.219 frente a Orbara, y 1.243 en la alta peña Arriedergueina, frente a Orbaiceta. De la parte meridional de Berrendi surge hacia el sur una cordillera que, salvando el desfiladero de Cabrella o Atealdea, enlaza por las Abaurreas con el macizo del sur ya reseñado, destacando en ella el alto de San Miguel (1.128 m.) y el cónico Mendizorroz (1.152 m.). Al Este de la divisoria existe una preciosa meseta, en término de Abaurrea Alta, con amplias praderas y tierras de labor, continuándose hasta el río Zatoya, límite con Salazar.

En la zona Oeste, derivan del nudo montañoso de Roncesvalles unas montañas que se dirigen hacia el sur, sirviendo de divisoria entre los ríos Irati y Urrobi. Son las de Osourer (1.000 m.), Latxinea (1.080 m.), Irubagota o Tres Hayas (1.069 m.), Ezpelbacarrea (1.040 m.) y Arreguía (1.098 m.). Este lado de poniente se completa, en términos de Garralda, con una suave hondonada, cuyas laderas bien arboladas enmarcan varias praderas con bordas, hasta enlazar con la llanura de Roncesvalles y Burguete, en término de Arrobi.

Ocupa el sector central del valle otra múltiple gama orográfica: Erondoa, (1.038 m.), en los confines de Garralda, Arive y Aria. En éste último, Arriber y Bulcharrería (1090 m.). Entre Arive y Villanueva eleva su imponente espinazo el Pucheberro (1.089 m.) sobre un corte vertical frente al río. En Orbara destaca la peña Murria (1.098 m.). Entre ésta y Orbaiceta se eleva la sierra Aguitza, con el rocoso Urziloa y la cresta de Arburúa, con Irazábal (1.195 m.) y Uguein (1.167 m.). Finalmente, Lachaga (1.225 m.) y Arlagáin (1.180 m.), ya en los límites de los términos municipales y monte común.

La belleza de las montañas aezcoanas es imponderable. El gozo de contemplar tanta hermosura está reservado a los montañeros; ellos pueden admirar estas maravillas, regocijando su espíritu mientras respiran el puro oxígeno de estas latitudes. Como más propios para tan noble objetivo he de señalar los cuatro puntos más altos, emplazados en los cuatro ángulos del valle: Berrendi, para una visión exacta de la situación de los pueblos; Changoa, junto al Ortanzurieta, para un completo aprecio de la orografía aezcoana; Baigura, el mirador del Pirineo, de fácil ascensión por las Abaurreas. Desde aquí se domina todo el valle, teniendo una visión completa del Pirineo navarro y de las más altas cumbres del ara-

gonés, alcanzando la vista a más de media Navarra, desde los valles montañoses hasta la dilatada Ribera y las principales cumbres de nuestra provincia. Desde la Corona se goza una vista del conjunto aezcoano, con el antiguo llano de Roncesvalles a sus pies, presidido por la Reina de estos valles.

El turista podrá situarse cómodamente en el mirador de la peña Arrigorri de Garralda, junto a la carretera, para disfrutar de la visión de variados paisajes y, a vista de pájaro, la profunda hondonada del río, con sus inmensas laderas cubiertas de robles.

La **reseña geológica** de la Aézcoa resulta interesante y variada. Las distintas formaciones de todos los períodos de las Eras Primaria y Secundaria han asentado en este valle. Según el mapa geológico, al sur de Arive se da una mancha de la Primaria, en la que se encuentran casi todas las rocas de esta era, como las pizarras solíceas, cuarcitas, calizas devonianas con zoofitos y pizarras azuladas, formadas desde hace 500 a 250 millones de años. Al norte de la fábrica de Orbaiceta, sin llegar a la frontera, y desde Irabia hasta Valcarlos, la formación del Cámbrico (más de 450 millones de años) comprende la constitución de los montes de mayor riqueza mineral, plata, plomo, hierro, con pizarras oscuras y algunos bancos de calizas. Al norte de esta formación, los montes más próximos a la frontera pertenecen al Devónico (más de 300 millones de años), siendo de menor importancia mineral.

En toda la longitud meridional del valle, los terrenos del Triásico se distinguen por sus rocas rojizas de areniscas y arcillas, con muestras de cobre y mercurio, en terrenos de Garralda y Arive. Al sur de esta población, en el profundo corte del río entre Aézcoa y Oroz, y en el alto de Garralda, topamos con el Jurásico medio, donde las rocas son un poco más claras, dándose calizas conchíferas.

El resto del suelo de Aézcoa es de formación del Cretáceo superior, de rocas blanquecinas o grisáceas, calizas con margas arcillosas. Desde Arive, por Orbaiceta, hasta el Irati, aparecen muchos fósiles marinos, erizos, micraster. En las Abaurreas, la caliza blanquecina contiene zoofitos y radiolas. Los abaurreanos la aprovechan en sus canteras para grava y arenas. Completando esta cronología, cabría indicar que los glaciares de la Era Cuaternaria afectaron a estos terrenos, abriendo las rocas en el curso del río, formando sus meandros, pero, sobre todo, desgajando del duro triásico los pedregales corridos de bloques rojizos que aparecen semilabrados, y ciertas rocas o bloques mayores del monte de Garralda, subiendo a la Corona, presentando sus morrenas laterales.

BOSQUES, HIDROGRAFIA Y CLIMA

En la zona de bosques del norte de Navarra, los de Aézcoa forman una porción destacada por su extensión y calidad. El magnífico robledal emplazado en la confluencia de los términos de Garayoa, Garralda y Oroz-Betelu,

pasa por uno de los mejores de Europa. Pueden admirarse sus ejemplares, altos, verticales, corpulentos, de fuerte y limpio material, altamente decorativo. En el informe emitido en 1796 por los generales O'Farril, Moral y Samper, se habla de los caminos que sirven para la conducción de maderas para la marina real; uno desde Orbaiceta, otro desde los bosques de Garralda, hacia Santesteban y Rentería.

Sin contar las 4.200 hectáreas de hayedo en el monte común de Aézcoa y del Estado, la extensión de bosque en los términos municipales arroja la suma de 7.075 hectáreas, siendo preferentemente de roble en Garayoa y Garralda (1.542 y 1.437 hectáreas respectivamente), alcanzando las dos terceras partes del territorio. En los demás pueblos la especie más extendida es el haya. Villanueva cuenta con 963 hectáreas, Orbaiceta con 988, Abaurrea Alta con 856, siendo menor la extensión en otras poblaciones, como Aria, donde se dan excelentes obras, y Orbara. En el cupo de saca o producción anual lleva la palma Garayoa, con 1.924 metros cúbicos, siguiendo Garralda, Abaurrea Alta, Villanueva, Orbaiceta y Aria, hasta completar la suma de 5.800 metros cúbicos extraídos anualmente de sus términos.

Con los ingresos obtenidos de tales sacas se han venido realizando incontables mejoras en los últimos años: nuevos servicios de agua y luz, creación de nuevos edificios para ayuntamientos y escuelas, restauración de iglesias y casas parroquiales, pavimentación de calles, ayudas a los vecinos. Permanecen, con todo, vastas extensiones forestales, como la más bella y estable ornamentación de nuestras montañas, conservando la humedad del suelo y la permanencia de las fuentes, evitando la erosión y el estiaje de las tierras, en un valle que se distingue por su aspecto virgen y compacta flora.

La vena principal de la **hidrografía del valle** es el singular río Irati. El salacenco Urchuria y el Urbelcha, de origen francés, son sus primeros afluentes. Ambos, a pesar de la antitesis de sus nombres (aguas claras y aguas oscuras) se juntan en abrazo de hermanos bajo la mirada de la Virgen de las Nieves, al pie de su ermita, en pleno corazón de la selva; siguiendo al pie de la ladera de Abodi llega al embalse Irabia, formando su tramo oriental con solemnes meandros. El brazo occidental, aezcoano, lo forma el río que los nativos llaman Eurguio, y que Altadill menciona como Egurcoa, y algunos mapas, Urrío. Este afluente marca la frontera internacional en dos kilómetros, hasta la muga 225. Así se forma el **embalse de Irabia**, construido en 1921-22, ampliado en 1942-44, con su muro de cuarenta metros de altura. Sus aguas, caprichosa pincelada azul enmarcada por el verde intenso del bosque, forman un bellissimo espejo, aunque insuficiente para copiar la belleza de sus alrededores. Su capacidad relativa es suficiente para regular en verano la corriente del río, constante vena de oro por su producción eléctrica.

El río Irati es uno de los mejor aprovechados. Tiene ocho centrales eléctricas en cuarenta kilómetros, desde esta presa hasta Aoiz, dos de ellas en territorio aezcoano; las de Irabia, al pie del muro del embalse, con producción de mil Kw/h., y Betolegui, entre Arive y Orbara, con 2.200 Kw/h.

Agil y juvenil, el río Irati recorre quince kilómetros por Aézcoa, dibujando caprichosas curvas donde, aguas y ro-

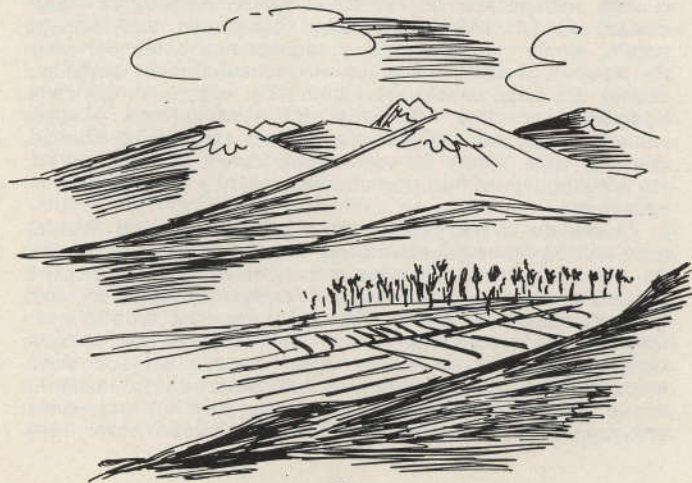
cas, bosque y praderas, parecen disputarse el terreno, o remansándose en seis presas. A su paso por el valle duplica su caudal con la aportación de varios afluentes: el Legarza, que reúne las aguas de Changoa e Itolaz, cediéndolas al Irati al norte de Orbaiceta, además de su aportación al canal de Betolegui. Junto a la central de este nombre, la regata Aztatpar riega los términos de Aria. El arroyo Garayoa recoge las de la hondonada oriental, desde las Abaurreas hasta Arive, quedando las más orientales para el Zatoya-Salazar. El Zepetea, de Garralda, se precipita sobre Irati como una cascada.

Las valiosas aguas de nuestro principal río movieron durante muchas generaciones los molinos de los pueblos sitios a su vera, e incluso de otros más alejados, como Garralda y Villanueva. Posteriormente, las Electras de Orbaiceta y «Aizpea» de Arive, establecidas en los viejos molinos, sirven aún el fluido eléctrico a varios pueblos.

El mayor caudal del Irati posibilitó la conducción de las mayores almadías que surcaron los ríos pirenaicos desde fines del siglo XVIII. Muchos aezcoanos fueron almadieros. Durante más de un siglo —hay datos desde 1844— se transportaba la madera suelta por el río, ofreciendo un espectáculo impresionante el ruido y la gran velocidad de los maderos, en las grandes crecidas o «pantanadas». Hasta el año 1957 hubo muchos hombres de esta tierra que se curtieron en el arriesgado oficio de «barranqueadores», arrimando la madera al cauce de las aguas. Por este sistema se llevaron anualmente 30.000 metros cúbicos de madera y 50.000 estéreos de leña, en un transporte rápido y económico, hasta Aoiz.

Resulta incalculable la riqueza piscícola, sobre todo de trucha, que se da en las puras aguas de este río. Nadie podrá calcular la ingente cantidad de peces capturados a lo largo de los siglos. En 1962 se pescó una trucha de 6.950 kilogramos. La actual invasión de pescadores ha hecho necesaria la limitación, desde Arive hasta Orbaiceta, en régimen de coto.

El **clima** es el propio de la región pirenaica, resultante de sus montañas, masas forestales y relativa proximidad del Cantábrico. Frío y húmedo gran parte del año, invernal durante cinco meses, de los que en parte los cubre una gruesa capa de nieve, duro como el acero en diciembre, fuerte como el hierro en enero, resistente como la



madera en febrero. Clima al que difícilmente resisten las rocas y las corpulentas hayas, y que fue haciendo fuertes a los robles y dio temple de acero a los aezcoanos. Con frecuencia las nubes del Cantábrico buscan por el Pirineo su itinerario preferido, descargando en estas latitudes las mayores precipitaciones desde noviembre hasta abril, azotando las cumbres y laderas, las fachadas de los edificios y el rostro del viajero el torcido noroeste («zearaize»).

Durante los primeros meses de la primavera se libra un perpetuo combate entre el temporal persistente y la bonanza primaveral. Muchos días se reproduce el drama de la sombra y la luz: el sol sonríe entre los claros de las nubes y éstas oscurecen el valle, empapando por enésima vez la tierra, o blanqueando las cumbres con granizo. Muchas veces las nieblas cubren las cimas, recorriendo las laderas como rápidas hadas, dejando jirones de su túnica vaporosa entre el verde de las plantas. La primavera llega tarde, dando nueva vida y galas a la flora de los bosques, convirtiendo en perlas las gotas de agua de los prados, fomentando el perfume de las flores y el típico olor de la tierra húmeda.

El verano resulta ideal; nunca excesivamente caluroso, puesto que son escasos los días en que no llegue la brisa del norte al atardecer. También es bueno el otoño, cuando las aves emigran y el bosque va cambiando sus tonalidades, hasta terminar en el tostado de las hojas, arrancadas por el vendaval y la lluvia de noviembre, preságo de la proximidad del invierno.

REGIMEN, ESCUDO Y NOMBRE

La comunidad humana de esta tierra vive distribuida en nueve poblaciones que forman en lo administrativo el valle de Aézcoa, llamado antiguamente «almiradío». La Junta del valle estuvo formada por el alcalde, nombrado por el rey o el virrey, y un regidor por cada pueblo. El alcalde era **capitán a guerra**, cuando los vecinos se veían precisados a tomar las armas en defensa de su territorio. o cuando acompañaban al rey en el campo de batalla. Actualmente, desde 1845, cada pueblo constituye ayuntamiento propio, similar en formación y atribuciones a los del resto de Navarra. Para los asuntos de administración autónoma cuenta en cada pueblo con juntas de oncena o quincena, integradas por los miembros del ayuntamiento y otros vecinos. Para los asuntos relativos al conjunto o comunidad del valle existe la «Junta del Valle», constituida por los alcaldes, presidida por uno de éstos, y asistida por un secretario.

El **escudo** es de plata, con un árbol de sinople (verde) y un jabalí en negro pasante al pie del árbol, con bordura de rojo o gules angrelada, o sea en forma de picos o pequeños dientes. Don Manuel Abella describía en 1802 el simbolismo del escudo: «El árbol, que es un roble, es símbolo de la fortaleza y tradición; el jabalí es de suyo pacífico y huidizo si se le deja tranquilo en sus dominios, pero manifiesta arrojo e intrepidez en la lucha, si se ve acosado». Magnífico simbolismo para los aezcoanos, amantes de sus costumbres, que han sabido pasar inad-

vertidos sin molestar a nadie, pero que se han defendido con gran entereza cuando otros les han disputado su terreno o lesionado sus derechos, resurgiendo en muchas ocasiones, cuando parecían abatidos, para seguir adelante con nuevo arrojo.

El rey Felipe II aprobó y confirmó el uso del escudo de armas. Registrado en el Libro de Escudos de Navarra, figura en las vidrieras centrales del palacio de la Diputación Foral. Desde muy antiguo y en diversas épocas y estilos constructivos, los aezcoanos lo han venido colocando en las fachadas de sus casas, incluso después de las guerras e incendios de fines del siglo XVIII y principios del XIX, y en los edificios construidos o restaurados recientemente.

Sobre el nombre que ostenta el valle no encuentro unanimidad de opiniones a la hora de analizar su significado etimológico. Antiguamente se escribía «Ayezcoa», que vendría a ser «lo de» o «la (tierra) de aezcoanos», según unos. También se dijo y escribió «Ayzcoa». «Ayetz» significa arma de corte, y es conocida la relación que en la antigüedad tuvieron muchos utensilios con la piedra, lo que, unido a la forma «aitz» (piedra), hace pensar a otros en su derivación de esta palabra. No faltan quienes proponen que «aitz» puede ser variante de «aritz» (roble). El Diccionario de la Real Academia de la Historia califica a la Aézcoa como tierra peñascosa. Ciertamente, en el paisaje destacan imponentes las rocas de las montañas, guardando en su seno nobles metales, coronando las cumbres, empenachando las sierras, jalonando el cauce del río y reflejando su belleza en las nítidas aguas de sus badinas y presas.

PUEBLOS DE AEZCOA

La Aézcoa es una excepción entre los valles navarros en la historia del despoblamiento del territorio, acontecido durante los siglos XIV y XV y en nuestros últimos tiempos. El conjunto de sus poblaciones fue aumentando en el curso de la historia hasta el número actual de nueve. He aquí su relación y peculiaridades, con algunos datos concretos de cada uno.

Abaurrea Alta está situada en el extremo de una elevada llanura, junto a la conjunción de aquélla con la hondonada oriental del valle, como un centinela en la cumbre. Es el pueblo más meridional de Aézcoa y, sin embargo, el más elevado de Navarra (1.035 m.). Destaca, no sólo por su altitud geográfica, sino también por la proporción de maquinaria y número de vehículos, sobresaliendo por su elevado nivel económico. Nació al amparo de Abaurrea Baja, como una desmembración de ésta. Fueron sus primeros moradores los abaurreanos que poseían fincas, viviendas y bordas en los actuales términos de Abaurrea Alta. A fines del siglo XIV tenían su iglesia dedicada a San Miguel. No existe como entidad independiente en 1366. En el «Libro de fuegos» de 1428 aparecen conjuntamente «Abeurrea de Suso e de Yuso». Fueron concejo unido hasta 1845, aunque tenían sendos diputados en la Junta del Valle. En dicha fecha quedó constituido ayunta-

miento independiente. Cuenta actualmente con 264 habitantes, propietarios de magníficas casas y de las más amplias tierras de labor de esta montaña.

Abaurrea Baja se asienta en la hondonada oriental del valle, al pie de la anterior, a 871 metros de altitud. Es el más antiguo solar de Aézcoa, ya que este linaje proviene del de Abaurrea. Origen y madre de Abaurrea Alta, cedió a ésta la herencia del mejor terreno, haciéndose menor por el engrandecimiento de su ahijada. Tiene actualmente 80 habitantes. Ha quedado un tanto marginada de la carretera o Ruta del Pirineo, como reconcentrada en sí misma, guardando en la hondonada las más valiosas expresiones del arte de su iglesia.

Aria está en una altura, a 859 metros de altitud, en la vertiente derecha del Irati, a tres kilómetros del mismo y del centro del valle. Viven en él 106 personas. La localidad se distingue por el tipismo de su paisaje, casas y hórreos. Ha guardado lo mejor de las ricas escencias y tradiciones de Aézcoa, conjugando las sanas costumbres con su proverbial hospitalidad, la sencillez de espíritu y el tesón tradicional.

Arive es considerado como el centro del valle. Su caserío está situado a los dos lados del río Irati, y en la bifurcación de las dos rutas, a 701 metros de altitud. Aunque de reducido vecindario (107 habitantes), ha sido el punto de reunión y convivencia para los aezcoanos, sobre todo en las romerías a San Joaquín, escenario de muchos tratos en los mercados, lugar donde más escrituras formalizaron los escribanos y residencia de varios servicios oficiales. A bañarse en las aguas de Iturri-aldea vinieron antes muchas personas necesitadas. Ha sido cuna de varias personalidades. Actualmente es el lugar más visitado por los turistas.

Garayoa queda emplazado en una discreta elevación del terreno, junto a la hondonada oriental del valle, a un nivel de 788 metros, y a tres kilómetros de Arive. Actualmente tiene 204 habitantes. Sus construcciones, bien distribuidas, ofrecen cierta unidad pluriforme dentro de los varios estilos. Aquí también la diversidad de criterios obedece a un mismo deseo de administrar con el máximo provecho los ingresos de su riqueza forestal, la mayor entre las municipales del valle.

Garralda, en el extremo occidental, es el pueblo más próximo a Pamplona (49,5 kilómetros). Su altitud es de 843 metros. Situado en una suave y larga hondonada, cuyas laderas ofrecen una lenta ascensión a las cumbres, se distingue por su alto nivel cultural y espiritual, limpieza de sus calles y gusto por las flores, completado todo por la finura de trato de sus moradores. Ligeramente más poblado que los demás pueblos hasta principios del siglo XIX, cuenta actualmente con 317 habitantes. Ofrece un bello aspecto, después del último incendio de 1898.

Orbajeta tiene 366 habitantes. Es el pueblo más septentrional de Aézcoa, a 765 metros de altitud. Sus casas se hallan distribuidas a ambos lados del río Irati, en la ruta del bosque, y a seis kilómetros del centro. Desde mediados del siglo XIX es el más numeroso y el más afectado por la inmigración de gentes que vienen de fuera a la fábrica, bosques y construcción del embalse. Los antiguos barrios de Larráun, la Ferrería y otras viviendas diseminadas, constituyen ahora el barrio de la Fábrica, donde viven trece familias. Aunque sus casas dispersas pudieran parecer un conjunto turístico de veraneantes, en

realidad son propiedad de honrados labradores o sencillos pastores. El apellido Orbajeta, originario de este lugar, tuvo escudo nobiliario: En el primer cuartel, de plata, las armas de Garro con cruz de gules cantonada de cuatro lobos en negro; en el segundo cuartel, también de plata, el escudo general de Aézcoa con bordura angelada de azul.

Orbara, con 94 habitantes, está situado en una elevación del terreno, a la derecha del Irati, a 4 kilómetros de Arive y 779 metros de altitud. A su vecindario se aplicaron preferentemente las burdas anécdotas de la leyenda oscura. Ha contado con personajes ilustres. Los de Orbara se han distinguido por su gran ingenio y talento práctico para los negocios. Tuvo su palacio, cuyo escudo era similar al de Aézcoa, aunque sustituyendo el jabalí por un oso, solo o acompañado de dos o tres oseznos. También ostentó escudo propio, de plata, con cinco aves (choas) en negro, el apellido Orbara.

Villanueva se llamó Iriberry durante la Edad Media. A pesar de su nombre, existía hace más de siete siglos. A 4 kilómetros del centro del valle, y a 925 metros de altitud, en la divisoria de las dos vertientes de Aézcoa, está defendido por el gran Pechuberry y respaldado por Berrendi. Es la localidad de mayor extensión municipal. Aunque actualmente la población ha descendido a 221 personas, fue uno de los más poblados, y contó con la mayor representación de tres diputados en la Junta del Valle. Sus habitantes sobresalieron por su habilidad en los oficios artesanos: relojeros, mecánicos, «katedráticos» (de «kátetra» = silla) y otros más.

Como entidades de población más alejadas anotamos **Navala**, caserío habitado, sito entre los límites de Aézcoa, Roncesvalles y Burguete, y tres casas ocupadas por otras tantas familias, junto al embalse de Irabia, en jurisdicción de Orbajeta.

Los pueblos de Aézcoa, quemados varias veces o destrozados por las guerras, ofrecen un aspecto renovado. Están bien dotados de modernos servicios, con las calles empedradas o asfaltadas. Conservan el tipismo y peculiaridad de su inconfundible impronta aezcoana. Sus casas son amplias y acertadamente decoradas; sus blancas paredes, enmarcadas por la piedra de sus esquinas, ofrecen algunas portadas del siglo XV, varias más del XVII y otras más modernas, con dovelas de piedra en sus arcos. Por encima destacan sus rojos tejados, muchos de cuatro vertientes, con pronunciada inclinación, mejor que alpina, pirenaica, como sus montes. El territorio no fue erosionado o descarnado, porque los aezcoanos tuvieron cuidado de no hacer irracionales talas o roturaciones. Los alrededores de los pueblos están alfombrados por un fino césped, o enmarcados por arbolado.

CARACTER, LENGUA Y COSTUMBRES

Los aezcoanos encajan perfectamente en el tipo navarro-montañés, con algunas características propiamente pirenaicas, en el sentido étnico e histórico que la palabra tiene en Navarra. Si los navarros son considerados como «los primeros vascos entre los vascos y primeros espa-

ñoles entre los españoles», esto es totalmente válido en los valles del Pirineo, y más concretamente en el de Aézcoa, cuyas gentes, al decir de varios autores, son los que mejor han conservado los rasgos étnicos de la raza vasca.

En su tipo físico, bien desarrollado, se dan con abundancia los «guizones» o buenos mozos, ágiles como los corzos de sus bosques, fuertes para el trabajo y el frío, compensando el desgaste que estos ocasionan con un proverbial buen apetito en la comida. Plenamente dedicados al trabajo por el bien de la familia, son acérrimos defensores de su patrimonio, derechos y costumbres. Más pensadores que habladores, saben expresar lo que sienten, aunque se muestran reservados con los desconocidos, característica común de las gentes de nuestra montaña. Actúan según sus propias convicciones, y nunca aceptan la más mínima presión externa. Mantienen con tesón sus ideas religiosas, sentidas y vividas en la vida normal, mejor que exteriorizadas en expresiones sensibles. Son muy respetuosos con el prójimo y con los bienes ajenos.

Vive la mujer sacrificadamente, consagrada a la familia y a la casa. Poco amiga de corretear por las calles, siempre está dispuesta a socorrer al que llama a su puerta o a los vecinos necesitados. Une a su aspecto grave y moderado un garbo ágil y resuelto, pero nunca descocado. Hábiles para las faenas domésticas, y resistentes para las del campo, a las que actualmente se dedican con menor intensidad que antaño, destacan por la moralidad de sus vidas, por el interés en el cumplimiento de sus deberes religiosos, por su rectitud de conciencia y fortaleza de ánimo, conjugada con un trato suave y moderado.

La **lengua** originaria de los aezcoanos ha sido el vascuence, hablado casi exclusivamente hasta hace treinta y cinco años, como herencia milenaria que todavía perdura. La siguen practicando los ancianos, una gran mayoría de personas mayores y algunos niños. Tan sólo hace diez años que los niños de Aria merecieron un premio de la Diputación Foral por conocer y practicar esta lengua. Los niños de Villanueva conservan la costumbre de felicitar las Pascuas de Navidad cantando por las casas los versos de «Eguberri», como lo hacen también algunos niños de Orbaiceta, Aburreas, y algún otro.

Las **costumbres** de los aezcoanos son las propias de la montaña navarra. Enumero solamente algunas más notables: el sentido patriarcal de la familia, la defensa del patrimonio de la casa, los préstamos diarios a mutuo en especie, llamados «ordaia», la austeridad en la vida ordinaria y las fiestas familiares en bautizos, bodas y cumpleaños. Suprimidas hace diez años las comidas en los funerales, subsisten las meriendas en las enhorabuenas o día de proclamas matrimoniales. El vecindario visita y obsequia a los enfermos, y está presente ante la familia que ha perdido un ser querido, mostrando especial veneración por los difuntos, continuando la práctica de las ofrendas por ellos. En algunos pueblos colocaban sobre el cadáver una porción de sal, que pudiera ser un signo de la fe en la pervivencia y en la resurrección. Los aezcoanos, austeros y entregados a sus faenas cotidianas, gustan disfrutar el día festivo. En las fiestas populares y en los carnavales, sobre todo, hacen honor a la panza y a la danza.

Los contratos matrimoniales han tenido gran importancia en el derecho foral y en la vida de nuestros pueblos; también, y muy particularmente, en la Aézcoa, donde no

basta que dos personas se quieran y santifiquen sus amores con el sacramento del matrimonio, sino que es preciso hacer también la unión de los respectivos patrimonios: los prados de una parte con los ganados de la otra, la dote que aporta ella con la casa del contrayente, exponiéndose detalladamente los bienes muebles e inmuebles llevados por cada uno de los esposos. Todo ello tiene dos finalidades: contar con una reserva de bienes para la crianza de la familia, y asegurar la continuidad del patrimonio familiar. Y si el amor de los esposos queda sellado con el vínculo indisoluble, la unión de los bienes queda también formalizada y sellada con una escritura notarial. Podría llenarse un archivo con las que se han formalizado en Aézcoa. En varias casas conservan todas las escrituras desde el siglo XVI, y algunas aún más antiguas.

Hace años que han desaparecido los bailes típicos que la juventud trenzaba en la plaza pública, a la salida de las tradicionales visperas. Ahora se inclinan por otros modos y formas carentes de solera.

Merecen especial mención los **trajes típicos**, que todavía se usan. Un documento del Archivo de Navarra, del



año 1817, nos informa de que los naturales de este valle «usan traje de paño blanco y negro que ellos mismos fabrican con la lana de sus ganados, tejiéndola en sus propias casas; las piezas de paño, batanadas, son teñidas después en negro. Ellos se cortan y cosen las medias y chupas, monteras y golillas o gorgueras para adorno del cuello».

Usan capa (ongaina u ongarina) con ribetes de rojos vivos, sobre chaqueta y chaleco de lana negra. Los alcaldes visten calzón recogido, y largo los demás hombres. El vestido de las mujeres es falda larga de paño con pliegues, medias blancas, chaquetilla con pechera negra, y pañuelo lila o morado. Viven aún muchas personas que vistieron de esta guisa para el día grato de su boda. Los alcaldes lo usan en representaciones de la Junta del Valle, romerías a Roncesvalles y a la Virgen de Irati. Las señoras mayores siguen llevando su pequeño manto de paño negro, con ribete de terciopelo y borlita sobre la frente, cuando van a la iglesia. Hasta el año 1920 trabajaban los batanes en Arive, dando forma de paño al tejido de lana y el tintorero que fijaba sus colores.

La habilidad de los aezcoanos para las labores de **artesanía** no quedó limitada a la confección de sus vestidos.

En el año 1962 y siguientes, estuvo montada en Orbaiceta una exposición etnográfica, recogiendo una curiosa colección de utensilios, objetos y productos de varias épocas, fruto del ingenio de estas gentes y de su rara habilidad para confeccionarlos. Uno de los artesanos de nuestros últimos tiempos fue don Angel Domench, natural de Villanueva. En 1935 ideó y construyó en su mismo pueblo una avioneta, cuyo motor fue adquirido en Madrid por compra a Rey Loring, uno de los que hicieron el primer vuelo Madrid-Manila. El aparato fue matriculado con el número 1 de Navarra. La Diputación Foral la distinguió grabando a pintura en ella el escudo de Navarra. Fue expuesta en Pamplona después de las pruebas verificadas en el campo de Noáin. Su constructor logró título de aviador, aunque posteriormente dejó las actividades aeronáuticas.

En la actualidad son conocidas las actividades artísticas del escultor de Garralda, don José Rota. Entre los muchos bustos, relieves e imágenes que han salido de su afinada gubia, destaca una réplica de la Virgen de Roncesvalles, tallada para la iglesia de su pueblo; la Virgen románica, cincelada en piedra, que preside el paseo o «Ronda del obispo Barbazán», en Pamplona, una réplica de la Trinidad de Erga, y una imagen de la Virgen para el asilo de Elizondo.

UNA LEYENDA OSCURA

Sobre los habitantes de este noble valle se ha fraguado una burda leyenda, reflejada en una serie de anécdotas o cuentos. Los hemos venido escuchando desde pequeños, y algunos fueron recopilados por José María Iribarren. La limitación de espacio no me permite transcribirlos detalladamente. La voz común atribuye a los aezcoanos varios defectos que pueden reducirse a estos: Tencnidad en mantener sus criterios, cortedad de inteligencia, casi como si fueran retrasados mentales, y cierta frialdad en sus deberes religiosos.

Se trata, evidentemente, de bromas entre amigos, donde el afecto y el sentirse hermanados en un destino común de la familia navarra, da pie a la confianza y a la guasa entre pueblos vecinos, entre las comarcas y los valles. En el fondo, todos los navarros sabemos valorar los méritos, virtudes y peculiaridades regionales, tan distintos en los valles del norte y en los llanos del sur. A la hora de la verdad, todos admitimos que la realidad objetiva es muy distinta de lo que pudieran reflejar los chascarrillos y leyendas más o menos inventadas.

La terquedad no es cualidad específica de los aezcoanos. Se ha dicho de todos los españoles que «somos de dura cerviz para no dejarnos influir por presiones externas», y es condición muy común a todos los mortales tener criterios propios sin concesiones fáciles. Indudablemente, no deja de ser un valor positivo en estos montañeses el hecho de que, antes de adoptar una resolución, lo piensen muy detenidamente.

Los aezcoanos se han distinguido siempre por su capacidad y agudeza de ingenio. La historia del valle, las obras de sus hijos y las manifestaciones de su espíritu,

muestran claramente que no son menos inteligentes que otros pueblos y valles, como tampoco han sido inferiores por lo que a valores religiosos y sanas costumbres respecta. Existen datos y testimonios de sacerdotes y seglares de ayer y de hoy, que elogian virtudes tan positivas como las sanas ideas, la ética familiar, y el respeto a la propiedad, hasta el punto de que en Aézcoa no se conocía el robo. Son reflejo de su religiosidad las valiosas iglesias de sus pueblos, el número de los religiosos y sacerdotes nativos en todos los tiempos, las nuevas casas parroquiales, las atenciones y generosidad para con los párrocos, insuperada por otros valles.

LA REMOTA ANTIGÜEDAD

Recogiendo datos que nos ofrece la **Prehistoria**, puede afirmarse que en el Paleolítico superior, hace más de 30.000 años, llegaron de Europa oriental unas hordas de cazadores de la raza Cro-Magnon. Atraviesan los pasos del Pirineo sin detenerse en terrenos aezcoanos, debido al clima glacial y a la falta de grutas secas, que encontrarán en la zona cantábrica, de clima más favorable.

En el Neolítico (3.000 años a. de C.) señalan los autores la llegada de los iberos norteafricanos a las costas españolas. Más tarde, según otros, llega de Europa al nordeste de España otro movimiento ibero. Mientras tanto la zona pirenaica navarra parece estar dominada por un pueblo de sencillos pastores, considerados como anteriores a los iberos, más bien que representantes del iberismo, y que, al no comprobarse la suplantación histórica por el dominio de otras gentes, son considerados con gran probabilidad como antepasados del pueblo vasco originario: el pirenaico-navarro, morador también en Aézcoa.

Entre el Neolítico y el **Enolítico** (1.500 años a. de C.), se da un progresivo desarrollo cultural que alcanza también a nuestro pueblo, pudiéndose hablar de una cultura pirenaica, manifestada en los dólmenes donde son enterrados los pastores. Los más próximos a la Aézcoa son el de Abodi y el de Lindux (Burguete).

Hacia el año 1200 a. de C. incide sobre este pueblo el influjo de los celtas indogermánicos. Resultado de esta influencia son los cromlech o círculos de piedras que señalan lugares funerarios. En el collado de Azpegui, sobre el camino más llano de Aézcoa a Francia, por Idopil, existen cuatro pequeños cromlech a la derecha, uno mayor a la izquierda del camino, y otros más, con una sepulturista cerca de Idopil. Tales círculos están situados entre las mejores laderas y llanos para pastizales.

Desde los más remotos tiempos de la antigüedad y en toda la Edad Media, este pueblo de pastores mantiene el dominio del territorio, sin haber sido dominado por otros conquistadores. El monumento romano de Urculu, situado en un extremo del valle, más que un dominio de los indígenas, hace relación al camino de acceso a las Galias, o a la próxima calzada de Summum Pirenaeum. El paso de los árabes a Poitiers por la ruta de Roncesvalles, no supone invasión de las tierras aezcoanas. La independencia mantenida por los habitantes de esta zona montañosa

pudo hacer realidad la reconquista cristiana, iniciada en Navarra, y que tuvo tanta importancia, al menos, como la de Asturias.

LA EDAD MEDIA

Los vascones del Pirineo navarro fueron evolucionando durante toda la Edad Antigua. En la penumbra de los primeros siglos de la Edad Media queda oculta la fundación de nuestros pueblos aezcoanos. Puede afirmarse que, antes del establecimiento de la monarquía pamplonesa en la primera mitad del siglo IX, era ya realidad la comunidad del valle, cuyos habitantes vivían su autonomía en una situación eminentemente consuetudinaria. Las asociaciones de pueblos y comunidades con fines militares, motivados por la defensa de la propia autonomía, tienen su origen en los primeros siglos del reino de Navarra.

Juan de Mendoza, en su «Recopilación de Linajes Nobles», nos ofrece este valioso dato. En el año 873 se encuentra entre los vizcaínos y guipuzcoanos un joven guerrero del linaje de Abaurrea, luchando contra el infante don Ordoño, hijo de Alfonso el Magno de Asturias (866-910). Reivindican la independencia de su ducado, anexionado un siglo antes al reino asturiano. García Carrarra, citando a otros genealogistas, dice que la familia y linaje de los Abaurreas es de las primeras conocidas del valle, gozando de aprecio en todos los sitios donde asentaron.

Es muy probable la participación de los aezcoanos en la famosa derrota de la retaguardia de Carlomagno del año 778. El grito de guerra contra las tropas que habían desmantelado las murallas de Pamplona, pudo llegar fácilmente a nuestro valle, lindante con Roncesvalles. Sus habitantes pudieron personarse en el lugar del combate, llegando a las crestas de Astobiscar para ocultarse en las laderas oportunas, caminando por las sendas del bosque sin ser vistos por nadie.

La campaña contra los sarracenos del año 1212 culminó con la victoria de las Navas de Tolosa, el 16 de julio. El éxito se debió principalmente a la pericia militar del rey navarro Sancho el Fuerte, secundado por la fuerza, valentía y «la belicosa agilidad de los navarros». Entre otros valles, villas y entidades que aportaron mayores contingentes de personal, ha de contarse el valle de Aezcoa. La acción de los aezcoanos en tan heroica gesta debió tener algo especial, cuando el rey navarro, luego de estas fechas, les distinguió con sus fueros, designándolos como de toda confianza para su guardia personal.

Como en el resto de Navarra de fines del siglo XII y principios del XIII, Aezcoa va cediendo la organización de tipo militar para la propia defensa, afianzándose una estructuración de carácter civil. Establecidas las seis conocidas merindades, se reorganizan las villas y valles, y entre ellos el valle y almiradío de Aezcoa.

El almirante ejerce la autoridad judicial con potestad para hacer «emparanzas» y ejecuciones, encomendándosele además otras funciones de tipo fiscal. En Abaurrea Alta se conserva el nombre de casa Almirantearena, aunque el almirante no siempre fue de este lugar.

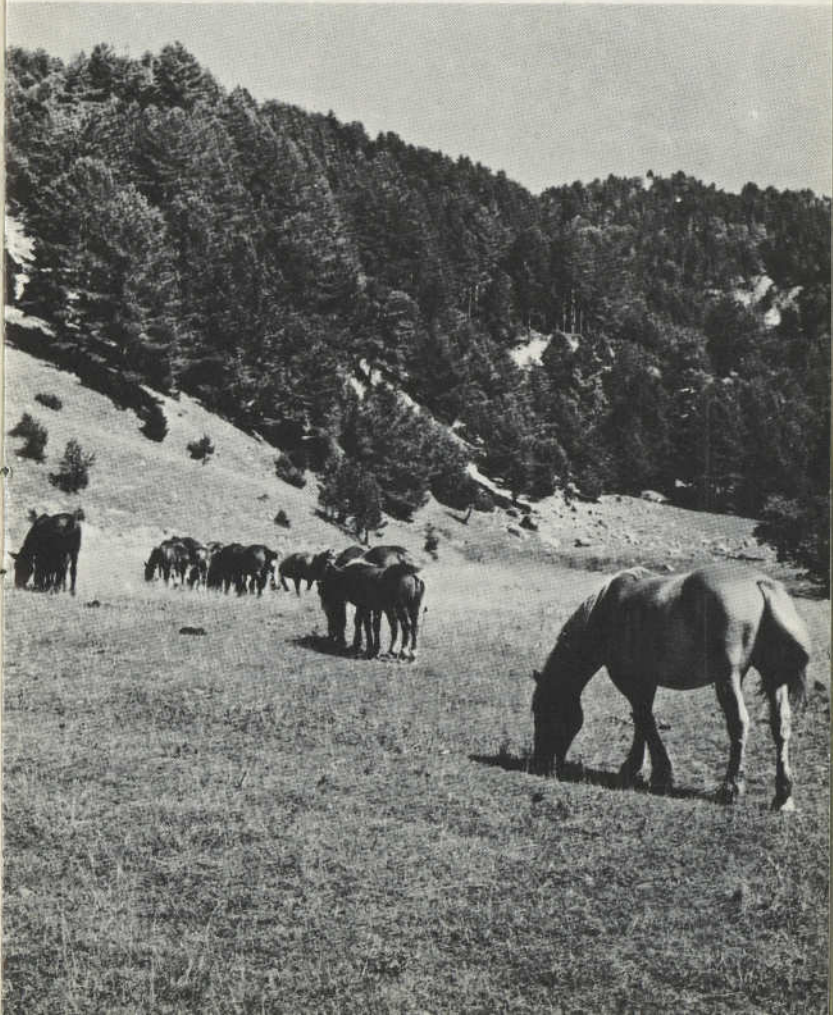


Hórreo de Aria



Pila bautismal de Orbaiceta

Ganado caballar





Abaurrea Alta



Aria

Abaurrea Baja

Garralda

Garayoa



Grupo de alcaldes



Arive





Orbara



Orbaiceta

Ruinas de la fábrica de armas de Orbaiceta



Según Yanguas y Miranda, los aburreanos luchan contra los de Salazar, haciéndose la guerra por el término de Zazaoz, hasta 1237. El rey Teobaldo I intervino urgiendo fueran entregados al rey quienes promovieran nuevas contiendas, conminando con la pena de quinientos bueyes a los desobedientes. No fue suficiente la provisión real para apaciguar a los aezcoanos, a quienes el monarca quitó el territorio para fundar Castillonuevo.

El Libro de Fuegos de 1366 arroja la suma de 136 fuegos o vecinos en todo el valle, repartidos entre los ocho pueblos: Abaurrea, con 30 vecinos fuegotenientes; Iriberrí (Villanueva), 26; Garralda, 25; Orbaiceta, 15; Garayoa, 14; Orbara, 11; Aria, 9; y Arive, 6. Estas cifras nos dan un índice mínimo de 680 habitantes, ya que en dicha relación de tipo fiscal figuran solamente los que tenían bienes reconocidos, no los «impotentes» que no podían pagar nada.

De varios documentos del siglo XIV y principios del siguiente, entresacamos las noticias siguientes: En agosto de 1353 visitó el valle de Aézcoa J. Ruiz de Aibar, con orden del rey Carlos II de reclutar gentes que marcharan a defender los derechos de este soberano en Francia. En 1366 las «Grandes Compañías», capitaneadas por Duguesclin, pasaron por Roncesvalles en ayuda de don Enrique, pretendiente al trono de Castilla. Arnalt Sanz de Hacxa guardó los pasos para impedir la entrada de las tropas en Aézcoa. En premio a sus servicios, Arnalt recibió el tributo y emolumentos del almiradío del valle por tres años.

El 22 de julio de 1377 un gran incendio, «como fuego caído del cielo», dice el documento, redujo a cenizas casi todo el pueblo de Orbaiceta: la iglesia, treinta casas y veintiséis hórreos y bordas. Carlos II otorgó a los damnificados una ayuda de treinta libras de carlines prietos, firmando el recibo el abad, jurados y el notario Ochoa Sanz de Garayoa.

Carlos II perdonó años más tarde a los de Orbara las ayudas correspondientes a tres años, para que pudieran reparar el puente, roto por las fustas o maderas del rey. El mismo soberano perdonó también a los de Garralda ocho florines por cada cuartel, atendiendo a los daños causados por las tropas del duque de Borbón.

Las 150 libras de pecha anual que los aezcoanos pagaban al rey, fueron donadas por los monarcas a los señores de Agramont, desde 1379 hasta 1452, excepto algunos años. Por este medio las disfrutaron sin descuento alguno, primero, Arnalt de Agramont y, desde 1399, el chambelán y ricohombre Johan, señor de Agramont, lo mismo que sus sucesores, poseyéndolas desde 1432 su hijo Francés. Unos años antes esta pecha fue donada por la reina doña Blanca a su camarlengo Enequot o Yénego Sánchiz de Gúrpide, quien anteriormente había sido clérigo y notario de la cámara del rey, recibiendo como dono los cuarteles tributados los años 1424-1425 por Villanueva, Orbara y Orbaiceta, más veinte libras sobre los almiradíos de Aézcoa y Salazar, en 1426. Los del noble linaje de los Gúrpide tuvieron casas y solares en diversos lugares, entre ellos Orbaiceta. Aunque no sabemos si este Enequot fue originario de esta localidad, tuvo gran relación con Aézcoa. En 1442 lo encontramos como oidor de comptos.

Por estas fechas varios personajes aezcoanos ocupan importantes cargos en la corte. Así, los Aburreanos, asentados en Pamplona a principios del siglo XV, gozaron de

honorífico enterramiento en el convento de San Agustín y en la capilla de San Martín. Martín de Abaurrea es colector por entonces de las merindades de Sangüesa y de las Montañas. Sancho de Garayoa lleva cartas de la reina al recibidor general en San Juan de Pie de Puerto, en 1410. Cumpliendo el mismo oficio encontramos poco más tarde a Simón de Orbara. A Enequot de Orbaiceta le hizo un donativo el rey Carlos el Noble en 1413, y al siguiente año fue enviado a Villanueva, premiando el monarca sus servicios. El notario Sancho de Garralda residió en Puente de la Reina desde 1421. Otros del mismo apellido viven afincados en Pamplona, como García, jurado y vecino de la Tejería en 1423, y Martín, mayoral de la población de San Nicolás, quien aparece en las reuniones previas para la paz y unión de los barrios de Pamplona. Arnalt de Garayoa es otro notario que vive por los mismos años.

Cuando Carlos III donó a su hijo Godofre de Navarra el señorío del valle de Arce, con sus pueblos, pechas, rentas y jurisdicción mediana y baja, incluyó también a Garralda, aunque nunca ha pertenecido a este valle.

Fue famoso el pleito promovido por Carlos III el 6 de octubre de 1419 contra los aezcoanos, por la quinta del ganado sobre los yermos y montes comunes de Aézcoa. Los habitantes del valle alegaron que nunca habían reconocido ni pagado tal derecho al rey. El litigio continuaba cuatro años después, actuando el procurador patrimonial del rey contra el alcalde y jurados de Aézcoa. El monarca ordenó presentar el proceso ante su consejero, el alcalde de la corte Lope Ximénez de Lumbier. La sentencia final fue favorable a los aezcoanos.

Una década después se entabló nuevo pleito entre los de Garralda y los de Oroz Betelu por el desolado de Adaxa, situado en el flanco meridional de La Corona. Poco antes de 1434 había sido cedido en arriendo a Oroz Betelu. Los de Garralda protestaron y la causa fue resuelta a su favor, llevándolo en arriendo. Posteriormente fue cedido a otros usufructuarios, hasta que la princesa doña Leonor lo donó a Roncesvalles el año 1468. Oroz Betelu lo tuvo en arriendo hasta que adquirió su propiedad en el siglo XIX.

De la situación socioeconómica del valle nos informa el «Libro de Fuegos» de la merindad de Sangüesa, del año 1428. El número de vecinos en toda Aézcoa es de 208. Los habitantes debían oscilar sobre los 1.040. Los más poblados eran Abaurrea de Yuso e de Suso, con 52 vecinos; Garralda, con 41; Villanueva, con 31, y Orbaiceta, con 25. El número de hogares, desaparecidos «por causa de mortalidad» durante los últimos veinticinco o treinta años, es de ochenta y uno. A pesar de ello, el censo demográfico es muy superior al de 1366. Según declaraciones de los testigos, se recoge trigo para el pan de ocho meses, salvo en las dos Abaurreas y Arive, en que solamente cosechan para medio año. Viven de algunos ganados que llevan en invierno a «ervagar a la Ribera, con grandes expensas». Pagan al rey una pecha de 150 libras fuertes, y 136 a Roncesvalles. En cada lugar hay un abad. El de Villanueva es también vicario-rationero del de Abaurrea, y el de Aria lo es del de Garralda. En las Abaurreas, además del abad, hay dos clérigos racioneros.

En esta época son numerosas las acciones de armas en que intervinieron los aezcoanos. El año 1413 guardan sus puertos, al mando de Augerot de Mauleón, custodiando las fronteras a las órdenes del mariscal del reino, Go-

dofre, para impedir el paso de gentes armadas a Aragón. El hijodalgo Ximeno de Orbara, vecino de Abaurrea, fue favorecido por el rey Carlos el Noble, llegando a confiarse posteriormente el almirado de Salazar y el cargo de justicia de Tudela. En 1429 lo encontramos con el cargo de capitán, defendiendo Bernedo (Alava), con cuarenta ballesteros y lanceros. Al año siguiente es su hijo Machín de Orbara, capitán, quien está en Bernedo, junto con Sancho Sánchez de Abaurrea de Yuso, también capitán, perceptor de los gages de los ballesteros aezcoanos destacados en la plaza navarra y hoy alavesa.

El 20 de julio de 1438 reciben los de Aézcoa orden de levantarse en armas para impedir la invasión de Ultrapuertos por las gentes de Burdeos. El mismo año, Johan de Iriberrí de Aézcoa es premiado por su maestría en hacer ballestas y por otros servicios prestados al Príncipe Carlos de Viana. Los aezcoanos son reclamados en 1446 para fortificar los castillos de la sexta merindad, por «la sonata de venida de gentes de armas de los franceses», acudiendo años después al castillo de San Juan de Pie de Puerto.

Don Carlos, Príncipe de Viana, mantuvo buenas relaciones con los de Aézcoa. En sus cacerías de 1437 le acompañaron ciertos monteros de Garralda. Premió los servicios prestados por los escuderos Johan de Aézcoa y Johan de Garralda. El 14 de diciembre de 1453 envió cartas a Juan de Ripalda, capitán de la fortaleza de Villanueva, y al alcalde del valle, convocándoles para asistir a las Cortes organizadas por el Príncipe. En dicho mes se establece una cuenta para el mantenimiento del almirante de Aézcoa, que desde 1444 era Pedro de Gúrpide, y luego, hasta 1476, Leonet de Gúrpide, ambos de Orbaiceta.

En la segunda mitad del siglo XV, las desdichadas luchas entre agramonteses y beaumonteses trajeron efectos desastrosos para Aézcoa. La mayoría de sus habitantes optaron por seguir el bando agramontés, en favor de don Juan II de Aragón contra su hijo el Príncipe de Viana. A mediados de siglo, ya encendida la guerra civil, Juan de Orbara está al servicio del rey, como capitán de peones en Sangüesa. Más tarde, cuarenta aezcoanos trabajan para el rey don Juan, a las órdenes de Pedro de Garayoa, y otros treinta peones del valle lo hacen en Pamplona y Viana.

El Príncipe Carlos había dado en 1445 a su consejero Juan de Cardona, y a sus sucesores, la tierra de Aézcoa, con su señorío, pechas y demás provechos. El rey don Juan, en documento expedido el 25 de febrero de 1462, dice que Cardona, capitán de beaumonteses, «fue en persona con gran número de gente a nuestra tierra de Aézcoa, y la quemó, robó todos los bienes y ganados, y tomó muchos presos, y condenó a muerte e hizo justicia corporal. Todo ello por guardar los aezcoanos la fidelidad que buenos y leales súbditos deben a su rey». Años más tarde, en 1478, la princesa doña Leonor da a entender que había partidarios de los beaumonteses «refugiados en Aézcoa y Salazar, desde donde se extienden por todo el reino».

Después de tanta ruina, no es extraño que, a finales del siglo XV, sus vecinos elevaran quejas por haberles sido embargados sus bienes injustamente para pagar las defensas de Sangüesa, y que en 1489 se les hiciera muy gravoso el pago de la imposición de 108 libras. El noble Simón Miguel de Orbaiceta, vecino de Garralda, escudero y alcalde de Aézcoa, mantenedor de armas y caballo, fue favorecido con la remisión de cuarteles.

LOS FUEROS

En el centro y corazón de la historia de Aézcoa figuran sus fueros. Entendidos como situación de derecho y autonomía administrativa y jurídica, los reyes juraban conservarlos, mejorarlos y no empeorarlos. Los aezcoanos se hicieron merecedores de algunos privilegios especiales. Sancho el Sabio, en 1169, les concedió fueros, en virtud de los cuales, ni baile ni merino podía tomarles los ganados; los vecinos solamente estaban obligados a ir a las labores del castillo y ruedas o molinos del rey, si estaban dentro del valle; si estaban fuera, estaban exentos de labores reales.

El rey Sancho VII el Fuerte amplió estos fueros en 1229. De varios documentos y autores extractamos el siguiente esquema: Ningún baile ni merino les prendería ganados ni carne, «si para mí no fuese, pagando yo a ellos» —dice el monarca. En caso de servicio de armas, dice de los aezcoanos: «e ellos en hueste o en cavalgada, que vayan conmigo en guarda de mi persona». Nadie debía osar prender a los de Aézcoa por los caminos, so pena de mil sueldos, y de veintiséis, si el delito se cometía en los senderos. Les concede plena disposición y aprovechamiento de los Grandes Puertos situados al norte del valle. A cambio de estos privilegios, les puso como condición que pagaran al rey 4.500 sueldos anuales, reservándose también la pecha de homicidios y colonias. Fuera de estas contribuciones, no debía pedirles otra cosa alguna. La concesión se hace «sacados los malos fueros o usos que se habían introducido».

Los fueros otorgados por el monarca de las Navas fueron confirmados posteriormente por otros reyes navarros. Carlos II, al escribir el documento de confirmación, «tiene ante sí el pergamino de Sancho VII, signado de su mano y signo a forma de águila», y copia parte del mismo, enumerando los fueros.

Carlos III, en junio de 1387 y el 3 de mayo de 1408, hace referencia a los documentos anteriores. Al confirmarlos solemnemente, afirma que ha visto unas letras de su rey y señor padre, selladas, como confirmación del fuero de don Sancho dado a los de Aézcoa.

Don Juan II de Aragón y de Navarra alude también a las concesiones y confirmaciones anteriores, en documento dado en Tudela el 25 de febrero de 1462. Teniendo en cuenta los servicios prestados por los aezcoanos a la corona, don Juan manifiesta su intención de reservarse los Puertos Grandes en las fronteras de Cisa, perdonándoles a los aezcoanos los 4.500 sueldos de pecha. Pero ante una nueva súplica del valle haciéndole ver la necesidad de estos montes para la economía local, les confirmó en su disfrute, rebajando el pago del impuesto a 194 florines, y añadiendo luego: «os hacemos francos e ingenuos (libres de toda servidumbre real) y, además, infanzones e hijosdalgos, para perpetuar en aquellas libertades y prerrogativas», concediéndoles que no respondieran en juicio ni fuera de él, sino como personas exentas y libres, igual que otros hijosdalgo.

Con fecha 4 de mayo de 1496, los reyes don Juan de Labrit y doña Catalina de Navarra volvieron a recordar la concesión de los fueros de 1229 y posteriores, haciendo referencia a la reducción del canon a 194 florines. Una parte de éstos eran destinados a fundaciones pías en el hospital de Roncesvalles, por lo que determinaron que en adelante, fueran 249 los que entregarían, reduciéndose posteriormente a 204 florines. Los monarcas recuerdan los sufrimientos e incendios padecidos por los habitantes, por su fidelidad a

la corona en las últimas guerras, declarándoles libres de peaje y pontonaje en todo el reino, y, puesto que han sido quemadas sus casas, robados sus bienes y desaparecidas las escrituras, el presente privilegio servirá para sustituirlas.

Según don Manuel Abella, el rey Felipe II confirmó los fueros al conceder al valle la aprobación de su escudo. Finalmente, Felipe III (Madrid, 13 de febrero de 1609) hace alusión al documento del rey don Juan, confirmando a la Aézcoa y a sus habitantes su condición de francos, infanzones e hijosdalgo, para que sigan gozando las prerrogativas concedidas y los montes y puertos, con otras gracias, contenidas en el Libro 20 de Mercedes reales.

EDAD MODERNA Y CONTEMPORANEA

Durante los primeros años de la edad moderna, Aézcoa se suma al proceso de laboriosa adaptación seguida desde la anexión de Navarra a la corona de Castilla. En relación con este hecho, el almirante Juan de Gurralda dirigió reclamaciones al Rey Católico y a Cisneros en 1517, desde el destierro a donde le llevó su tesón por la noble defensa de la causa del antiguo reino. Parece que se adaptó más fácilmente Fernando de Gurralda, notario de la corte y de la cámara de comptos desde 1499 a 1523.

Poco a poco el valle se fue recuperando de los desastres del siglo XV. Se observa un progresivo aumento demográfico. La relación de fuegos del año 1501 es ligeramente superior a la de 1428. El auge se hace más notorio para el año 1644. La sección de estadística nos da una relación de 235 vecinos propietarios, más 43 moradores o renteros, y 14 clérigos, resultando unas 1.400 personas en todo el valle.

La brujería fue un fenómeno muy extendido en la montaña de Navarra, particularmente en el siglo XVI. A las brujas se les atribuye una gran actividad. En Aézcoa se distinguen dos clases: las «sorguiñas», a las que se puede reconocer por llevar cierta señal en un ojo, y las «lamias», que andan vagando durante la noche, recogiendo cuando canta el gallo. Es tradición que se reunían en un prado llamado «Pitiriberro», en la cumbre de este monte o Pechuberro.

El año 1525 el oidor de comptos Pedro Balanza promovió una investigación y proceso contra varias brujas de Aézcoa, Salazar y Roncal, dándose la circunstancia de que dos brujas estuvieron presentes en el tribunal. Dos años después, el inquisidor Avellaneda promovió otro proceso, siendo acusadas varias niñas «sorguiñas» aezcoanas, junto con otras muchas forasteras. Los de Aézcoa atribuían a los salacencos mayores ribetes de brujería. Se cuenta que a finales del pasado siglo murió en Garayoa la última sorguiña, llamada «La caliente», cuyo cadáver se volvía repetidas veces boca abajo.

La documentación de la época nos ofrece también otros datos sobre aspectos diversos de este valle. A primeros de noviembre de 1595, un grupo de cincuenta bandidos del otro lado de la frontera, dirigidos por dos distinguidos caudillos, llegaron a Villanueva. En la primera noche de estancia robaron en varias casas, maltratando a varias personas, hiriendo de muerte a Juan de Iriarte, y asesinando al distinguido escribano Martín Berría. Después de beber abun-

dantemente en la taberna, intentaron la huída a su tierra, llevándose cuatro prisioneros. Pero el alcalde y capitán del valle, Sancho de Elizondo, convocó diligentemente al apellido a todos los aezcoanos; las campanas de Villanueva, Garralda y Garayoa, entre otras, cumplieron una vez más el cometido de llamar a las armas a los vecinos. Acudieron todos los hombres hábiles, quienes lograron prender al grupo de bandoleros, entregándolos al virrey en Pamplona. Por influencias de un caballero de la Baja Navarra, no se cumplió la sentencia en todo su rigor, aunque varios de ellos murieron en galeras.

Del año 1567 data un documento de la sección de aduanas, por el que consta que los pastores de Aézcoa y Roncal no pagaban derechos al llevar sus dehesas a Aragón. En 1612 el virrey indultó a los aezcoanos y a otros valles las multas impuestas por haber extraído vino y pan fuera del reino.

A principios del siglo XVIII elevaron un memorial a las Cortes, quejándose contra las órdenes del virrey de salir con armas a los puertos de Burguete y Roncesvalles. En uso de sus legítimos fueros, no podían ser obligados a salir a hueste sino en defensa de su territorio y para hacer guardia personal al rey. Junto con los de Arce, exponen años más tarde sus reparos para no cumplir la orden de acudir en defensa de Sangüesa. Del año 1724 data un memorial a las Cortes, para que prohíban la entrada en Navarra de ganado menor de Castilla, Francia y Aragón.

La vida de los aezcoanos en los últimos años de la edad moderna y parte de la contemporánea, se vio afectada por los efectos de las guerras que reseñamos a continuación:

Guerra de la Convención (1793-95). No creo que, a lo largo de toda la historia, haya sufrido la montaña de Navarra una catástrofe de tan graves consecuencias como la guerra que los revolucionarios franceses hicieron a nuestra Patria. Al principio, las acciones de armas fueron favorables a nuestros ejércitos, tanto en el Rosellón como en los Pirineos Occidentales. En el verano de 1793 cien mozos aezcoanos guardaban la frontera, teniendo una guarnición en la fábrica. En agosto, siguiendo órdenes de la Diputación del reino, ciento cincuenta hombres del valle acudieron a la frontera de Roncal, reforzándose la defensa de la propia tierra con cien más. En el siguiente verano hicieron su entrada en el valle grandes contingentes de tropas francesas. El resultado de las acciones de los revolucionarios fue trágico. El total de casas aezcoanas incendiadas ascendió a 247, a las que hay que sumar algunas iglesias y muchos hórreos y bordas. Uno de los pueblos más damnificados fue Garayoa, donde quemaron todos los edificios, menos uno. En Abaurrea Alta (27 de octubre de 1794) incendiaron cuarenta y tres casas y mataron a veintiún personas. En la Baja se repitieron parecidos hechos y cifras. En Orbaiceta perecieron treinta casas, quedando arruinada la fábrica, y en Villanueva fueron destruidas cincuenta viviendas.

Al incendio general y al asesinato de los habitantes indefensos, precedió el saqueo y el robo de gran cantidad de ganado, utensilios de las casas y todo el grano, como expresaba en su informe el cura de Garayoa, don Ramón Iturri. Durante varios años, los dos mil habitantes del valle vivieron en pobres cubiertos o chozas, viéndose muchos obligados a emigrar en busca de trabajo. Al terminar la contienda, el abad de Aria escribía al gobernador dándole cuenta de la trágica situación de estos pueblos. En el archivo general de Navarra se conservan ocho memoriales

dirigidos por el valle a la Diputación, pidiendo ayudas y la dispensa de impuestos, alegando el infeliz estado en que se hallaban desde la guerra.

Guerra de la Independencia (1808-13). Todavía no se habían recuperado de la ruina anterior, cuando Aézcoa se vio envuelta en un nuevo conflicto. De bien poco provecho les sirvió la disposición real dada en 1807, por la que eran excluidos del reemplazo los nobles de éste y otros valles. En defensa de su territorio, los aezcoanos apoyaron las acciones del guerrillero aragonés Luis Gil, quien, en julio de 1808 actuaba en Orbaiceta, logrando capturar dos carros de municiones a los franceses, en el paso de Bentarte.

Especialmente memorable fue la heroica resistencia contra el francés en la fábrica de Orbaiceta, bajo la dirección del teniente coronel Aguir, del Regimiento de León. Un largo informe del valle da cuenta de los suministros hechos por Aézcoa a los ejércitos españoles y franceses, suplementos, exacciones, perjuicios, etc., y del número de voluntarios enrolados en el ejército, de los fallecidos y de los deportados a Francia desde el comienzo de la contienda. Terminada ésta, el valle dirigió un memorial a la Diputación, pidiendo que le fuera reintegrado el importe de los 85 caballos, cogidos en 1809 por el jefe de los guerrilleros, Javier Mina, para los voluntarios del Corso Terrestre.

Guerra realista. Las montañas del valle sirvieron de baluarte a los navarros realistas, vencedores en la batalla de Zapalucea, en los confines de Salazar (1822). Después de esta acción, los realistas se refugiaron en los riscos de Abaurrea Alta. Las peñas de San Miguel de Gazteluarte ofrecen una curiosa defensa natural, utilizada en distintas ocasiones. Merecen destacarse las acciones de los realistas, dirigidas por el general don Santos Ladrón de Cegama, los días 25 de julio y 11 de agosto de 1822. Al año siguiente, el general liberal Torrijos asaltó el castillo de «Arlequia», en Aézcoa, junto a la fábrica, aunque con poco provecho, pues los realistas habían extraído las armas y municiones.

Primera guerra carlista (1833-1839). Los aezcoanos y sus curas se mostraron en un principio poco afectos a la causa de Carlos V. Las autoridades cristinas de Pamplona se ganaron el afecto de estas gentes con promesas, dándoles armas y municiones para oponerse a la entrada de los carlistas. El objetivo principal era la fábrica de Orbaiceta. De noviembre de 1833 a enero siguiente, pasó varias veces a manos de uno y otro bando. En enero de 1834 la defendía su director, el coronel isabelino Bayona, con trescientos vizcaínos, cuarenta carabineros y otros voluntarios, rindiéndose el día 17 a los carlistas, bajo condición de no desahcerla y de respetar al personal.

Cuando entró Zumalacárregui por el lado de Burguete con 4.000 soldados, le hicieron frente los aezcoanos en el término de Navala, pero huyeron tras los primeros disparos, al ver un ejército tan numeroso. Zumalacárregui supo ganar el ánimo y la adhesión de los aezcoanos con magnanimidad y genial diplomacia; hizo que volvieran a sus casas, recogió sus armas, y publicó un manifiesto en Garralda el 17 de enero, en el que decía, entre otras cosas: Los corazones de los habitantes de Aézcoa, hasta hoy engañados, están cambiados y prometen ser fieles a la causa de don Carlos; manda perdonar a sus soldados y tratar bien a los habitantes, que serán navarros fieles en adelante; cuantos se dediquen al saqueo serán pasados por las armas. No exigió raciones ni aportación para sus tropas.

En la **última guerra carlista (1872-1876)** los voluntarios

republicanos o liberales reciben ayudas y raciones. Pero luego dominaron la situación los carlistas, a los que se proveyó largamente de raciones y donativos. Se conservan varias carpetas de recibos que acreditan la aportación asignada a los pueblos. Finalmente, en febrero de 1876, se replegaron en la Aézcoa grandes contingentes de tropas carlistas bajo la dirección del general Pérula, retirándose a la frontera francesa por Orbaiceta.

LA FABRICA Y EL MONTE

Al norte del valle, en los términos de Changoa y Mendilaz, se dan yacimientos de hierro, plata y plomo, explotados desde tiempo inmemorial. La reina doña Blanca de Navarra autorizó el 16 de mayo de 1432 a Johan de Ezpeleta y a Yénego Sánchiz de Gúrpide, para que levantaran nuevamente una ferrería en los yermos de Aézcoa, para explotar minas en Arive y otros términos del valle. Su establecimiento estuvo más arriba de la nueva fábrica, junto a la regata de Changoa. Continuó su explotación en las centurias siguientes. En el siglo XVIII la ferrería era propiedad de dos caballeros franceses, el conde de Ornano y el vizconde de Echauz. El rey de España Carlos III compró la fundición el año 1784, e hizo un gran establecimiento con salto de agua, dos hornos de fundición, almacenes, casa palacio, iglesia renacentista sobria y robusta, cuartel para la tropa, viviendas y otras dependencias.

La nueva fábrica, de carácter y dirección militar, producía bombas de artillería; más tarde, lingotes de hierro superior (2.500 toneladas anuales), que se llevaban a las fábricas de armas de Trubia y Oviedo. Quemada por los franceses en 1794, se reestableció en 1800. Se hallaba abandonada en 1828 como consecuencia de las guerras, estando de nuevo en plena producción a partir de 1844. La producción de lingotes de afino de dos hornos se destinaba a España, y la de otros dos se exportaba «a las Indias».

Se dice que por estas fechas, aprovechando metales de la fundición, se grabó moneda falsa por valor de 40.000 duros en la casa palacio de Zabala. Los carlistas de la última guerra no pudieron sacar ganancia del establecimiento. A fines del siglo XIX fue abandonado. Actualmente se extraen minerales de esas minas, siendo transportados sin fundir.

Al menos desde el siglo XIII, tenían los vecinos de Aézcoa la plena disposición y usufructo de los **Puertos Grandes del Monte Aézcoa**, situados al norte del valle hasta la frontera de Francia, con una extensión de 7.900 hectáreas. Forman la parte occidental de la selva Irati, una de las masas forestales de hayedo más importantes de Europa y la primera de España. En el monte de Aézcoa se da lo más selecto de esta especie, en una extensión de 4.200 hectáreas.

En mayo de 1784 realizaba una visita de inspección a estos términos don Vicente Domínguez, comisario de los Ejércitos Reales. Llevó consigo un escrito, firmado por el alcalde y diputados de Aézcoa, en que se expresaba el deseo de ceder al rey estos montes. En noviembre del mismo año regresó el comisario, celebrando en el lugar de Arive una asamblea de consecuencias poco favorables para

el valle. Bajo la presidencia del alcalde, Pedro de Larrambe, asistieron los diputados regidores y todos los vecinos concejantes de los nueve pueblos. El señor Domínguez expuso que, como consecuencia de la visita anterior y del escrito presentado, el rey había determinado el establecimiento de hierro y municiones, y le había mandado formalizar la escritura.

En el condicionado, cuya copia se guarda en el archivo de Navarra, constan las siguientes cláusulas: «Ceder gratuitamente a Su Magestad el Rey, con la mejor voluntad, el sitio de la fábrica y los citados montes con sus árboles, ríos, minerales, y demás, sin pretender el valle más que librarse del canon de 204 florines de a dos reales cada uno... No se le prive al valle del goce del ganado y aguas y la corta de maderas para reedificación de casas, bordas y demás edificios».

Se expresa la buena aceptación de parte del rey, quien lo tendrá presente en su real gratitud. En esta primera asamblea, los vecinos concurrentes renunciaron a sus derechos, nombrando como apoderados al alcalde y diputados.

El día 13 quedó hecha la cesión, formalizada en un largo documento en que se detallan las condiciones, los nombres de todos los términos que se ceden a perpetuidad, las firmas del comisionado aceptante y las de los cedientes, testigos, abades y escribano. Al día siguiente se dio posesión quieta y pacífica al Estado, en presencia del conde de Ornano y del vizconde de Echauz, del alcalde, diputados y demás testigos. El amplio documento del escribano don Antonio María Pastor comenzó a redactarse el día 14, concluyéndose el 15.

En aquella época los bosques valían muy poco e interesaron mucho más al Estado que a los aezoanos. Entonces se construyeron las esclusas o presas para la conducción de madera por el río, con lo que aumentó su valor. Los naturales del valle creyeron que la nueva fábrica les reportaría muchos beneficios, pero fue motivo de atracción para los ejércitos en las guerras, con el consiguiente recargo de la defensa y de las raciones. Varias veces los aezoanos elevaron quejás escritas por las vejaciones que sufrían por parte de los empleados de la fábrica.

El año 1828 el valle presentó un memorial a las Cortes «pidiendo protección para anular la cesión que incautamente se hizo en 1784». En otro documento dirigido a la Diputación el 10 de abril de 1840, reconocen «los aezoanos que la cesión adolecía de vicios sustanciales», haciéndose alusión al último informe que se pidió al Consejo de Navarra y se envió a Madrid poco antes de la guerra carlista.

En el siglo actual volvió a plantearse el problema durante el directorio del general Primo de Rivera, estando a punto de firmarse una solución favorable a Aézcoa.

RELACIONES CON FRANCIA

Aézcoa limita por el norte con la tierra de Cisa o antiguo valle de Garatzi, que perteneció a la sexta merindad navarra de Ultrapuertos hasta el siglo XVI. Ambos valles pirenaicos mantuvieron múltiples relaciones por razón de

comercio y trashumancia de ganado, principalmente; la cordialidad de las mutuas relaciones quedan patentes en el hecho de que no faltan matrimonios entre personas de los dos países, aún en nuestros días. Las diferencias más notables surgieron por cuestiones de límites o por derechos de pastos, llegando a veces las desavenencias a captura de ganado e incluso pequeñas luchas armadas, circunstancia que se repitió también en otros valles fronterizos.

Ya en 1401 Aézcoa participó en un pleito contra los de Baigorri. Un siglo más tarde se procedió a un convenio entre Aézcoa, Salazar y los de Cisa. Más importante fue el acuerdo sobre la facería de Aézcoa con Francia, suscrito en 1556, en el que se revisaron los límites, procediéndose al debido amojonamiento. El año 1612 se agudizaron las diferencias entre varios valles navarros y Alduides. Los franceses destacaron mil hombres a las fronteras; el virrey de Navarra, conde de Aramayona, reunió en Roncesvalles gran número de caballeros navarros capitaneando numerosas tropas; entre éstas figuraban trescientos arcabuceros de Aézcoa, dirigidos por su alcalde y capitán Juan Zubialde, de Abaurrea Alta, quien había sido soldado veterano en Flandes.

El 20 de marzo de 1684 penetraron por la frontera de Roncesvalles hasta Burguete más de once mil soldados franceses. Los valles fronterizos acudieron a contener su avance; Aézcoa estuvo presente con cuatrocientos hombres. El mismo día en que se recibió el oficio con la noticia, a pesar de ser el día de romería dedicado a San Joaquín, el alcalde Martín de Sagardoy, de Villanueva, urgió a sus gentes la salida, bajo pena de muerte. El gobernador de puerto, don Pedro de León, entabló proceso contra los valles de Aézcoa, Arce, Erro y otros, por negligencia en acudir a la defensa, pero los valles ganaron el litigio. El rey de España agradeció sus servicios el 4 de abril de 1684.

Aunque a principios del siglo XVIII ambas potencias designaron una comisión para dar fin a las diferencias sobre límites, y se firmó en 1715 una concordia entre los diputados de Aézcoa, Cisa y San Juan, en junio de 1751 volvieron a resucitar las antiguas discordias. Los de Cisa, haciendo uso de las armas, arrebataron a los aezcoanos 150 vacas y 200 caballos, originando las acaloradas sesiones de Arnéguy. Al año siguiente Aézcoa elevó una representación al rey, exponiendo los excesos cometidos por los franceses, repitiendo la solicitud de protección pocos años más tarde, en vista de que no eran cumplidos los acuerdos de 1556.

España y Francia firmaron en 1785 un pacto de límites, que no tardaría en ser transgredido por los de la vecina nación, sobre todo durante la guerra de la Convención y después de la de la Independencia, llegando a llevarse en 1819 doscientas veintidós cabezas de ganado de los términos de Aézcoa, sin que nada se lograra con las quejas elevadas al gobierno. A los dos años fueron realizadas nuevas concordias, terminadas con una real orden sobre demarcación de límites.

Todo fue en vano. Los franceses volvieron a llevar de los términos de Aézcoa gran número de ganado, por cuyo rescate exigieron 1.400 francos. Las diferencias llegaron a revestir caracteres de conflicto armado, cayendo varios heridos de ambas partes, logrando por fin los aezcoanos ahuyentar al enemigo, apresando una cantidad de ganado francés, que fue devuelto por disposición superior. Como consecuencia de los debates, el valle elevó un memorial al rey en 1826, pidiéndole que lograra del gobierno de Francia poner fin a las diferencias, alegando que siempre han ob-

servado las órdenes del virrey, y que su proceder en estos litigios les ha llevado a la ruina.

En exposición dirigida a la Diputación el 1 de julio de 1833, el alcalde, José Ilincheta, se queja de que los franceses no observan la condición de pastar solamente de sol a sol, añadiendo que, mientras cualquier francés hace prendamiento de ganado, aquí solamente lo llevan a cabo el alcalde y los diputados. Un nuevo informe suscrito por el alcalde Antonio Barberena en 1840, recoge la queja de que el coronel Eraso, autor de un arreglo con la parte contraria, indicó al alcalde y diputados del valle que los franceses tendrían derecho a pastar de noche, hacer cabañas y beneficiarse de materiales y leña, por lo que era de temer que los franceses acabarían con el monte antes de diez años.

Tan enojosa cuestión terminó con el convenio de 1856, y el amojonamiento subsiguiente. La línea fronteriza entre Aézcoa y Francia está señalizada por la muga 200, al oeste de Bentartea, hasta la 225, en la cabecera del embalse. Actualmente se hacen contratos particulares sobre pastos y paso de ganado de uno a otro lado de la frontera. Entre ésta y el alto de Sayarri está el raso de Ursario, donde se marcaba el ganado desde tiempo inmemorial, en un paraje próximo al camino más directo y accesible desde el norte de Orbaiceta a Francia, utilizado por los primitivos pastores prehistóricos. En él está el significativo paso de «Arrataka».

Además de estos caminos, los de Aézcoa utilizaron otras dos rutas para comunicarse con Francia: la de Ibañeta por Valcarlos, y la que va por Lepoeder y Astobiscar hacia Chateau-Pignon y San Miguel el Viejo; sirviéronse también de otros pasos directos, como el denominado por los nativos «Lasartea», que algunos autores nombran como Alzatea, al lado suroriental de Ortzanzurieta, y el de Arnoztegui, al oeste de Urculu. Se dice que los contrabandistas de antaño preferían otro paso menos conocido.

AEZCOA Y RONCESVALLES

Los aezcoanos han mantenido, a través de los siglos, íntimas relaciones con el famoso hospital y santuario de Roncesvalles. Desde que el obispo Sancho de Larrosa fundó en 1127 la gran cofradía para ayudar al hospital de los peregrinos, los pueblos de Aézcoa la han mantenido, lo mismo que otros valles inmediatos, hasta finales del siglo XVII a la vez que las antiguas procesiones. Algunas localidades mantuvieron la cofradía hasta 1716, y los de Aria hasta 1765. Las iglesias del valle figuran en la dotación hecha por el obispo fundador, para mantenimiento del hospital, dato que vienen a confirmar las bulas de Inocencio II (1137) e Inocencio III (1203).

En el siglo XV los abaurreanos cedieron el derecho de patronato de sus iglesias en favor de los reyes, éstos, con aprobación del papa Eugenio IV, lo pusieron en manos de Roncesvalles, conservándolo la colegiata hasta finales del siglo XIX. La pecha de tres cenos, o su equivalente de treinta libras, que los de Aézcoa pagaban al rey, fue destinada por Felipe el Largo en 1319 para mantenimiento de capellanías y aniversarios en dicho hospital. Para la capellanía de la reina doña Juana destinó Carlos II cien sueldos sobre

la pecha del valle, y, desde el siglo XIII, se dedicaba casi la mitad del canon que Aézcoa pagaba por los Puertos Grandes, para el pago de aniversarios reales fundados en Roncesvalles, práctica que estuvo en boga hasta la cesión de 1784, en que se convino que cien florines fueran para el rey, y ciento cuatro para la colegiata.

Algunas diferencias surgidas entre los canónigos del hospital y los vecinos de Aézcoa, sobre el disfrute de las bustalizas Sasaldea, Ansomalia, y otras, propiedad de Roncesvalles y situadas en los términos comunes de nuestro valle, se resolvieron amigablemente en una asamblea celebrada en el «cimiterio» de Arive (27 de octubre de 1374), «considerando la bona amistad que hauian fecho y deseando hauer paz».

Son incontables las donaciones hechas por aezcoanos en favor de Roncesvalles, igual que los aniversarios fundados desde principios del siglo XIV, según consta por el código llamado «La Preciosa». Durante los siglos XV al XVII hubo en la real colegiata más de ocho canónigos originarios de Aézcoa, entre ellos don Sancho de Orbara, canónigo desde 1482 y luego subprior y comendador de Urdiarbe. Varios sacerdotes aezcoanos estudiaron sus primeros cursos en la preceptoría, a la sombra de la Virgen de Orreaga.

Si el alcalde de Aézcoa guarda con 25 soldados del valle el concurso de gentes en Roncesvalles en los días 7 y 8 de septiembre de 1683, los capitulares del cabildo restauran las iglesias de las Abaurreas, incendiadas por los franceses en 1794, prestando otras ayudas con motivo de dicha guerra. En el siglo XIX se repitieron las ayudas extraordinarias, como la otorgada a Abaurrea Alta, incendiada el 16 de agosto de 1884; a Garralda, con ocasión del incendio total del 5 de septiembre de 1898.

El sol naciente que llega a Orreaga, remontándose por las cumbres de Aézcoa, da vida y colorido a la vidriera del panteón real, donde se representa la batalla de las Navas, en la que los aezcoanos tuvieron parte destacada, policromando con variados matices la estatua yacente del rey Sancho el Fuerte, benefactor de los aezcoanos, y de quien éstos formaron la guardia personal.

La antigua romería, interrumpida a principios del siglo XVIII, tuvo una edición extraordinaria el 29 de mayo de 1899. Según el historiador de la colegiata, don Javier Ibarra, a la nota de subido color de los vestidos típicos, se unió la circunstancia de celebrar su primera misa don Venancio Barber, de Abaurrea Baja. El valle celebra su romería anual a la Virgen de Roncesvalles con una procesión, quizás la más numerosa y vistosa, por la peculiar indumentaria del grupo de alcaldes, de las elegantes aezcoanas, de sus sencillos pastores y zagalas, junto a la seriedad de sus cruceros y mujeres penitentes.



AEZCOANOS MODERNOS

A mediados del siglo pasado el valle alcanzó el máximo número de habitantes. Según Pascual Madoz eran 3.122. Por cierre de la fábrica y la emigración, habían disminuido hasta los 2.602 en el año 1900, manteniéndose medio siglo más tarde (2.613 habitantes en 1950), y descendiendo a 1.756 en 1970.

A pesar del descenso demográfico, el valle de Aézcoa ha resurgido de la ruina de guerras e incendios. A ello ha contribuido el esfuerzo de sus hijos, entre los que destacan cinco personajes ilustres, emigrantes en su juventud a América, y que supieron reservar una parte de sus ahorros y ganancias para introducir notables mejoras en su tierra natal.

Don Antonio Aróstegui nació en Arive (10 de junio de 1843), de humilde familia, en la vivienda del guarda de la presa-esclusa. Después de trabajar en Buenos Aires, subvencionó las obras de la iglesia anterior de su pueblo, y la actual de Garralda, donando a este lugar la teja necesaria para rehacer sus casas incendiadas. En 1910 fundó un colegio-escuela en Garralda, y el año 1924 dotó su gran obra de las Escuelas Profesionales Salesianas de Pamplona.

En el mismo lugar de Arive nació **don Domingo Elizondo Cajén** (14 de noviembre de 1848). A finales de siglo estableció en este pueblo una serrería, dando trabajo a sus habitantes. Promovió la construcción de la carretera de Aézcoa y fue el fundador de «El Irati, S. A.». Altadill dice de él: «Ha traído al país incalculables veneros de riqueza, creando diversas fuentes de actividad y progreso... creadas por su inagotable laboriosidad y privilegiado intelecto».

Don Francisco Chiquirín, natural de Garayoa, costeó la creación de una escuela en su pueblo, donde le fue dedicada una calle. Paisano suyo fue **don Ciriaco Morea**, a cuyas expensas se construyó el molino nuevo de Garayoa, con producción eléctrica para el vecindario, costeó la carretera y los edificios del ayuntamiento y de las nuevas escuelas. Nombrado hijo predilecto, le fue erigido un busto en la casa consistorial.

Don Francisco Anchorena, natural de Orbaiceta. Después de su estancia en América, construyó a sus expensas el magnífico frontón de su pueblo, con trinquete, juego de bolos e instalaciones para gimnasia.

En el Diccionario de la Real Academia de la Historia (1802) se conceptúa a Aézcoa como la tierra más pobre de la montaña. Hoy podemos decir que es un valle rico; sus pueblos ofrecen un aspecto bello. Además de la riqueza forestal, cuenta con la pecuaria, que arroja estos datos: 2.900 cabezas de vacuno de raza suiza y aezcoana, variedad mejorada de la pirenaica; más de 1.400 cabezas de caballar, de raza nórdica o bretona. Los numerosos rebaños de ovejas de antaño han descendido a la cifra de 7.500 cabezas. Con su leche elaboran riquísimos quesos. Actualmente se han dedicado grandes extensiones de prados a la producción de patata, acreditada para semilla. La fertilidad de esta tierra fresca, y la facilidad de su laboreo con maquinaria abundante, han posibilitado una nueva fuente de ingresos para los aezcoanos.

ARQUITECTURA Y BELLAS ARTES

A pesar de los repetidos incendios, guerras y saqueos sufridos por las poblaciones del valle, han sobrevivido varias obras arqueológicas y objetos artísticos dignos de mención. Junto al fronterizo monte Urculu se conservan parte del monumento romano de este nombre y los restos del **castillo de Arlequia**. En los siglos medievales fue vigía en la confluencia de los caminos de Francia y del más occidental de Burguete, sirviendo posteriormente de defensa para la fábrica de Orbaiceta.

En la Aézcoa perdura una serie de típicos **hórreos o «gareas»**, de los muchos que existieron en el país vasconavarro, sustentados por seis u ocho columnas, con losas circulares, a modo de capitel, para impedir el acceso de roedores. Los hórreos aezcoanos conservan sus características pirenaicas, aunque algunos han sido reformados por la elevación de las paredes inferiores. Existen ocho en Aria, dos en Orbaiceta, cuatro en Villanueva, y uno en Orbara y Arive.

Las **iglesias** de Aria, Orbaiceta y Orbara son romanizantes o de transición, de principios del siglo XIII, con buena sillería. La de Aria conserva la sencilla portada románica, con dos archivoltas de arista viva. La bóveda de la nave, como sucede en Orbaiceta, fue reformada con crucería ojival, mientras que en Orbara se realizó la nave, conservando la bóveda primitiva, ligeramente apuntada, con los arcos fajones.

Merece mención de honor la iglesia de Abaurrea Baja, gótica, con sencilla crucería de finales del siglo XIV. En su imafrente conservaron el muro del anterior templo románico, con indicios de espadaña. La portada ojival lleva cuatro archivoltas sobre otros tantos pares de columnillas. El antepecho del coro pertenece al gótico flamígero, lo mismo que el precioso ventanal tapiado del ábside, oculto detrás del retablo, con calados y labor flamígera en su parte superior. También es del siglo XV la bóveda del coro, de variada crucería con cinco claves.

En Abaurrea Alta, después de la ermita de San Miguel, de fines del siglo XIV, se construyó un siglo después la parroquia actual, hoy en plena restauración. Sus elevadas capillas laterales forman un perfecto crucero en la conjunción con la central. Tiene portada ojival conopial, coro renacentista (1597) con complicada red de nervios en la bóveda, y sus nueve claves decoradas con escudos y anagramas. La iglesia de Villanueva es de principios del siglo XV; destacan en ella la calidad de sus sillares y bóveda, de sus ménsulas y claves. La fina portada de tres arcos ojivales que apean sobre cabezas coronadas de flora, carece de columnas.

En la parroquia de Garayoa se han dado cita todos los estilos: El románico en su portada del siglo XII, de tres archivoltas formadas por gruesos toros sobre capiteles historiados y alegóricos, ábacos con dibujos geométricos, y fustes de una sola pieza. La parte posterior del templo es del siglo XIII, con arcos ligeramente apuntados y sin ménsulas. Al primer período gótico pertenecen también las dos capillas laterales, en cuyas ménsulas se desarrollan elementos muy usados en el románico. El tramo delantero es de estilo plateresco, lo mismo que la concha superior del ábside. Cuatro ventanales muy modernos imitan las formas del románico. La balaustrada del coro, tam-

bién moderna, lleva labor geométrica rectilínea en mármol.

A la grandiosa iglesia románico-ojival de Garralda, incendiada en 1898, sucedió la actual, con esbelta torre piramidal. En su pórtico, esquinas y zócalos destaca la piedra rojiza oscura. Reparada en 1959, ofrece bajo la bóveda del interior, la calidad de mármoles y robles, a la luz de unas discretas vidrieras.

Sustituyendo a la iglesia medieval de Arive se construyó otra en la segunda mitad del siglo pasado, a la que ha sucedido la actual, que forma un conjunto perfecto con la casa parroquial.

Entre los **objetos artísticos** cabe destacar las pilas románicas de Aria, Orbara y Orbaiceta, con series de arcos románicos, interrumpidos por tres cruces en la de Orbaiceta, y la pila gótica de Abaurrea Baja. Se conservan también varios cruceros-calvarios con elementos románicos y góticos, muy semejantes por sus basamentos de cuatro o cinco gradas circulares. Los de Garayoa y Abaurrea Alta son los mejor conservados, destacando el de Garralda por su fuste monolítico de 3,65 metros de altura, sobre el que campea una cruz moderna. Los cruceros de Abaurrea Baja y Orbaiceta esperan la reposición de la cruz.

En las Abaurreas pueden admirarse sendas verjas de hierro forjado, de finales del siglo XV, con arco conopial, cruz flamular, lirios, lises y otros motivos ornamentales. Entre las cruces parroquiales, la más valiosa es la de Abaurrea Baja, de la segunda mitad del siglo XV, con buenos relieves. Es plateresca, de la primera mitad del XVI, la de Abaurrea Alta; su decoración se completó con dos imágenes añadidas en la época del renacimiento. La cruz de Villanueva es de principios del XVII.

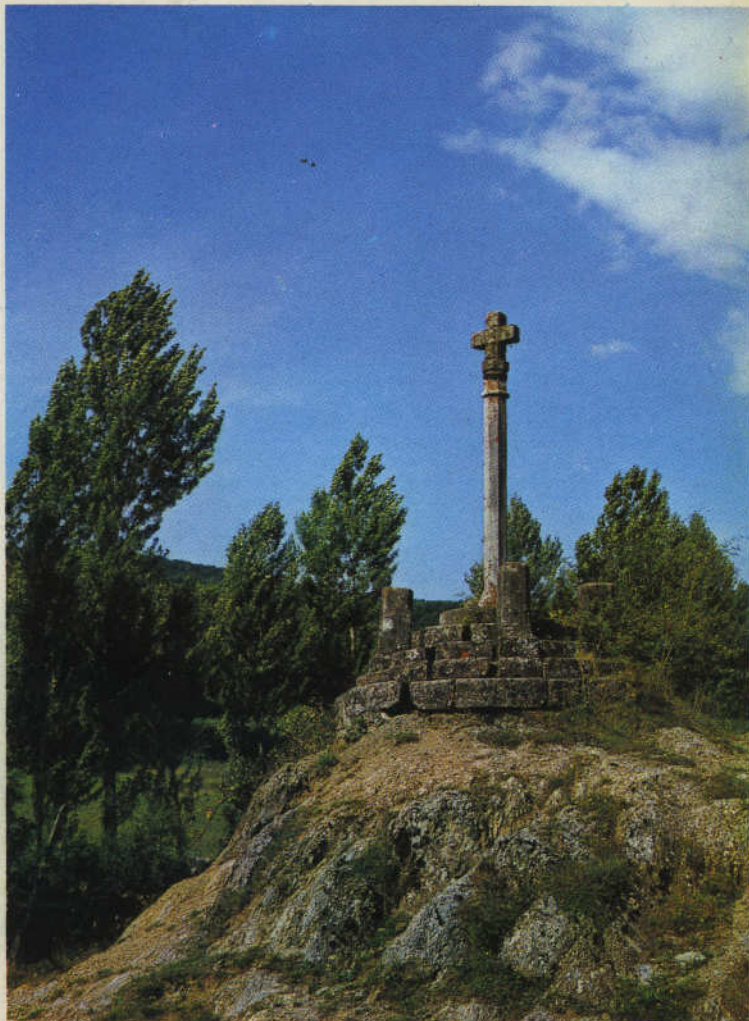
El retablo de Villanueva fue realizado hacia el año 1600 por Ambrosio de Bengoechea, conservando reminiscencias del plateresco. El primer tercio de las columnas se decora con bellos relieves, y ocupan las cajas rectangulares muchas y buenas imágenes. Columnas e indumentaria conservan el dorado y policromado. El retablo grecorromano de Abaurrea Baja, realizado a principios del siglo XVII por Juan de la Era, vecino de Lumbier, es discreto en su decoración, sin dorado. Garayoa y Orbara cuentan con retablos del renacimiento algo decadente, de fines del XVII. Es más tardío el de Orbaiceta, de exuberante flora churrigueresca, con atlantes mofletudos de aspecto robusto. Merecen mención el crucifijo de Villanueva, talla gótica en que destaca la augusta serenidad del rostro, y dos crucifijos de tamaño natural, en las Abaurreas, esculturas renacentistas de fines del XVI.

Entre los edificios modernos descuella el del ayuntamiento de Garralda (1970), alarde de gusto arquitectónico y de calidad de materiales. En las amplias dimensiones exteriores han combinado piedras labradas de distintos colores, y, en el interior, la ebanistería de roble.

Epílogo. Muchos de los hechos y realidades enumerados en este trabajo son merecedores de un estudio más amplio. En todos ellos late un auténtico espíritu navarro, entrañablemente religioso, amante de sus fueros o derechos y costumbres, de gran fidelidad a España, abierto a todas las empresas del universo, espíritu que deseamos se conserve en este noble valle.

NUMEROS PUBLICADOS

1. SAN FRANCISCO JAVIER, por José M.^a Recondo.
2. SAN FERMIN Y SUS FIESTAS, por Valeriano Ordóñez.
3. COMPARSAS DE GIGANTES, por Ignacio Baleztena.
4. LA BRUJERIA, por Florencio Idoate.
5. LA MUSICA, por Alberto Fraile.
6. RUTA TURISTICA DEL PIRINEO, por José Luis Olo Luna.
7. LA JOTA NAVARRA, por Pedro M.^a Flamarique y Julián C. Urroz Royo.
8. HISTORIA DEL FUERO, por Jaime Ignacio del Burgo.
9. GAYARRE, por José María Sanjuán Urmeneta.
10. LA RIBERA, por Francisco Escribano Zardoya.
11. CARLOS III EL NOBLE, por José Ramón Castro Alava.
12. DERECHO PRIVADO FORAL, por Francisco Salinas Quijada.
13. NAVARRA Y LAS CRUZADAS, por José Goñi Gaztambide.
14. ASISTENCIA MEDICA, por Guillermo López García.
15. EL PALACIO DE LA DIPUTACION, por Jaime del Burgo.
16. EL PAISAJE, por Manuel Iribarren.
17. LA INDUSTRIA, por Luis Doria Esparza y Joaquín Gortari Unanua.
18. MONTANISMO, por Francisco Ripa Vega.
19. EXPRESIONES DEL ALMA POPULAR, por Victoriano Bordonaba.
20. GASTRONOMIA (I). Platos de caza, por Víctor Manuel Sarobe.
21. BARACE DE ISABA, por Valeriano Ordóñez.
22. CASTILLOS, por José M.^a Recondo.
23. EL ORFEON PAMPLONES, por Baldomero Barón.
24. TUDELANOS DE PROYECCION UNIVERSAL, por José Ramón Castro.
25. EL ENCIERRO DE LOS TOROS, por Luis del Campo Jesús.
26. CESAR BORGIA Y NAVARRA, por Francisco Javier Ortiz Felipe.
27. EL VALLE DE RONCAL, por Rafael Gamba.
28. LEYRE, por Luis María de Lojendio, OSB.
29. LAS BARDENAS REALES, por Francisco Salinas Quijada.
30. DON RODRIGO XIMENEZ DE RADA, por José R. Castro Alava.
31. GAZTAMBIDE Y ARRIETA, por Angel Sagardía Sagardía.
32. EL CANCELLER VILLAESPESA, por José Ramón Castro Alava.
33. EL MISTERIO DE OBANOS, por Santos Beguiristáin.
34. PEDRO NAVARRO, CONDE DE OLIVETO, por Luis del Campo Jesús.
35. MONASTERIOS, por Tomás Moral, OSB.
36. NUESTRAS AVES, por Juan Jesús Iribarren Onsaló.
37. ROMANIZACION, por María Angeles Mezquiriz.
38. ALMADIAS, por Florencio Idoate.
39. LA IMPRENTA, por José Ramón Castro Alava.
40. SARASATE, por Fernando Pérez Olo.
41. ESPELEOLOGIA, por José M.^a Martínez Peñuela.
42. ROMERIAS, por José Luis Larión A.
43. LA AVENTURA DE LOS SANTOS, por Carlos M.^a López.
44. JUAN HUARTE DE SAN JUAN, por Francisco Salinas Quijada.
45. GASTRONOMIA (II). Pescados de río, abadejos, ranas y caracoles, por Víctor Manuel Sarobe Pueyo.
46. ARTAJONA, por José María Jimeno Jurío.
47. TORRES DEL RIO, por Valeriano Ordóñez.
48. VIANA, por Eliseo Sáinz Ripa.
49. SANTUARIOS, por José Antonio Pedroarena.
50. ESTEBAN DE ADOAIN, por Teófilo de Arbeiza.
51. LA PINTURA (SIGLO XVI), por José Ramón Castro.
52. LA CAZA, por Luis Callejo.
53. VALCARLOS, por José María Jimeno Jurío.
54. LA ABOGACIA FORAL, por Francisco Salinas Quijada.
55. LAS CORTES, por María del Puy Huici Goñi.
56. EL REY DE LA FABA, por Javier Baleztena Abarrategui.
57. RONCESVALLES, por José María Jimeno Jurío.
58. EL PRINCIPE DE VIANA, por Manuel Iribarren.
59. EL ARZOBISPO CARRANZA, por José Ignacio Tellechea Idígoras.
60. LEYENDAS DEL CAMINO DE SANTIAGO, por José M.^a Jimeno Jurío.
61. ORGANOS, ORGANEROS Y ORGANISTAS, por Joaquín Goya Iraola.
62. OBRAS Y SERVICIOS DEL VIEJO PAMPLONA, por Pedro García Merino.
63. UJUE, por José M.^a Jimeno Jurío.
64. YANGUAS Y MIRANDA, por José Ramón Castro Alava.
65. LA PESCA, por Román Elizburu Mendióroz.
66. MONASTERIO DE LA OLIVA, por José María Jimeno Jurío.
67. PEDRO DE URSUA, por Luis del Campo Jesús.
68. ESTELLA MONUMENTAL, por Pedro María Gutiérrez Eraso.
69. IRANZU, por José María Jimeno Jurío.
70. JAVIER DE BEYRE, por José María Recondo Iribarren.
71. D. TIBURCIO DE REDIN, por Teófilo de Arbeiza.
72. FITERO, por José María Jimeno Jurío.
73. EL VINO, por Miguel Bengoa Ochoa.
74. LA ESCULTURA, RENACIMIENTO Y ROMANISMO, por José Ramón Castro Alava.
75. SANGÜESA MONUMENTAL, por José M.^a Jimeno Jurío.
76. EFEMERIDES MONTAÑERAS, por Daniel Bidaurreta Olza.
77. MALON DE ECHAIDE, por Carlos María López.
78. SAN MIGUEL DE ARALAR, por José M.^a Jimeno Jurío.
79. IRACHE, por Jaime Roca Laymon, Sch. P.
80. SAN VEREMUNDO, por Pablo Rodríguez González.
81. EL TRIBUTO DE LAS TRES VACAS, por Florencio Idoate.
82. ROCAMADOR, por Teófilo de Arbeiza y José M.^a Jimeno Jurío.
83. BECOUER Y NAVARRA, por Faustino Corella Estella.
84. EL CASTILLO DE JAVIER, por José M.^a Recondo S. J.
85. ITINERARIO DEL ROMANICO, por Luis María de Lojendio, OSB.
86. MEDICINA POPULAR, por Arantzazu Hurtado de Saracho.
87. GUERRA DE LA NAVARRERIA, por José M.^a Jimeno Jurío.
88. SANGÜESA HISTORICA, por Tomás Moral, OSB.
89. VALLE DE ARCE y OROZ-BETELU, por Benito Urtasun y Villanueva.
90. OLITE HISTORICO, por José M.^a Jimeno Jurío.
91. EL ENCIERRILLO, por Luis del Campo Jesús.
92. CATEDRAL DE PAMPLONA, por Javier Gárriz Ayanz.
93. OLITE MONUMENTAL, por José M.^a Jimeno Jurío.
94. MOSEN PIERRES DE PERALTA, por Manuel de Iribarren.
95. AGUSTIN DE JAUREGUI, VIRREY DEL PERU, por Eulogio Zudaire Huarte.
96. LA PEREGRINACION A COMPOSTELA, ORIGENES Y CONSECUENCIAS, por José M.^a Jimeno Jurío.
97. CALLES DEL VIEJO PAMPLONA, por Javier Baleztena Abarrategui.
98. RUTAS MAYORES A SANTIAGO, por José M.^a Jimeno Jurío.
99. ITINERARIO JACOBEO, por Fernando Fernández de Arratia.
100. LA CONSTITUCION FORAL, por Jaime Ignacio del Burgo.
101. TERMINOS DEL VIEJO PAMPLONA, por Javier Baleztena Abarrategui.
102. EL PADRE DE HUERFANOS, por Francisco Salinas Quijada.
103. LA HOSPITALIDAD EN EL CAMINO DE SANTIAGO, por José M.^a Jimeno Jurío.
104. PEREGRINOS JACOBEOS, por Pedro M.^a Gutiérrez Eraso.
105. LUZ Y SONIDO EN EL CASTILLO DE JAVIER, por José M.^a Recondo, S. J.
106. GUERRA CONTRA LA CONVENCION, por Florencio Idoate Iragui.
107. TUDELA HISTORICA, por Luis M.^a Marín Royo.
108. SEPULCRO DEL REY NOBLE, por José M.^a Jimeno Jurío.
109. LA BAJA NAVARRA, por Jean Pierre Sallaberry.
110. FAUNA, por Francisco José Purroy Iraizoz.
111. RUTAS MENORES A SANTIAGO, por José M.^a Jimeno Jurío.
112. EL DOCTOR NAVARRO, por José M.^a Recondo Iribarren.
113. FRAY DIEGO DE ESTELLA, por Tomás Moral O. S. B.
114. PALACIO REAL DE OLITE, por José M.^a Jimeno Jurío.
115. TAFALLA, por José Cabezudo Astráin.
116. TEATRO EN PAMPLONA, por José María Corella.
117. SANCHO VII EL FUERTE, por Francisco Javier Zabalo.
118. HISTORIOGRAFIA. LOS CRONISTAS MORET Y ALESON, por José Ramón Castro Alava.
119. LOS ANALES, por José Ramón Castro Alavá.
120. CUATRO INFANTAS NAVARRAS, por Luis del Campo Jesús.
121. FOLKLORE DE NAVIDAD, por José M.^a Jimeno Jurío.
122. MONASTERIO DE URDAX, por Eulogio Zudaire Huarte.
123. LA CUENCA, por Jenaro Iraizoz Unzué.
124. GUERRA DE LA INDEPENDENCIA, por José M.^a Jimeno Jurío.
125. PAMPLONA Y SUS PLAZAS DE TOROS, por Luis del Campo Jesús.
126. VALLE DE AEZCOA, por Benito Urtasun Villanueva.



Crucero de Garayoa



DIPUTACION FORAL DE NAVARRA
Dirección de Turismo, Bibliotecas y Cultura Popular
Fotos: Larequi, Ardanaz y Bayona
Realiza: Complex
Imprime: A. G. San Juan